

Capítulo I

Donde explico el comienzo de todo y reflexiono acerca de un gran sentimiento: el hambre.

SÍ MI MADRE HUBIESE tenido dos tetas más, mis desdichas—y también mis dichas, en fin, mis aventuras— no habrían siquiera comenzado. Y digo dos—aunque una sola habría bastado— porque he notado que las tetas vienen casi siempre de a dos. De a dos, o de a cuatro, o de a seis... O de a diez, como en el caso de mi madre. Nosotros fuimos once hermanos para diez tetas, y ahí estuvo el problema. Y yo, para colmo, que nací con hambre. Un hambre que ni se imaginan, unas ganas de tragarme el mundo que ni les cuento. Muchas veces, cuando estoy tirado al sol rascándome la oreja se me da por pensar en mi hambre, en por qué será que siempre ando con hambre. No sé si será un defecto mío, que yo nací para siempre hambriento, o si será más bien que nunca tuve bastante comida.

Y todo empezó con la teta, o, mejor dicho, con la no-teta, con la teta que no estaba cuando yo, recién salido de adentro de la panza de mi madre (donde, para ser sincero, había estado bastante apretujado y con la pata de mi hermana, la Manchas, siempre metida adentro de la oreja), muerto de hambre y de soledad y de frío, con los ojos todavía cerrados, sin haber visto nada del mundo, perdido y a tientas, empecé a buscar. Y al buscar encontré. Encontré el lado de afuera de la panza, que no era tan blando ni tan tibio como el lado de adentro pero que de todos modos resultaba atractivo y bastante interesante.

Y, habiendo encontrado, empujé: me abrí sitio lo mejor que pude entre esa muchedumbre de hermanos que acababan de hacer el mismo descubrimiento que yo. Y por fin llegué. Y me ubiqué. Y abrí la boca confiado...

Pero no. No y no. Para mi gran desolación ya no quedaban más tetas.

Mis hermanos y hermanas chupaban chochos de contento y mi madre de a ratos se quedaba echada descansando y de a ratos alzaba la cabeza, los olisqueaba y les daba unos lengüetazos largos y jugosos. La pobre no sabía contar, se ve, porque insistía en empujarme a mí también contra el montón de hijos que tenía ahí abajo, sin darse cuenta de que yo era el número once y que, por lo tanto, le sobraba un hijo o le faltaba una teta, que más o menos viene a ser lo mismo. A mí me daba no sé qué contradecirla, y me quedé nomás amontonado con los demás, en parte porque al menos ligaba alguno que otro lengüetazo, que no es lo mismo que la leche, pero que sus alegrías tiene, y en parte porque noté que, si me quedaba bien cerca del Tigre, algo podía llegar a atrapar.

El Tigre es mi hermano mayor, no mayor en edad, porque nacimos el mismo día, pero mayor en todos los demás sentidos: mayor en patas, en hocico, en peso, en cola, en pelos, en colmillos, en fuerza... El Tigre nunca se iba a quedar sin teta, eso era seguro. Y ahí me di cuenta de que lo mejor que podía hacer era asociarme. De manera que me abrí camino como pude; me trepé por encima del Colita, lo corrí al Bigotes, que ya se había quedado dormido con la teta en la boca, y me ubiqué bien cerca del Tigre.

El Tigre sí que estaba despierto. El Tigre chupaba. Y cómo chupaba: chupaba con tanta fuerza y con tanto ruido que salían de mi madre chorros de leche tibia, tan gruesos y caudalosos que la boca no le daba abasto para



tragarlos: los dulces restos se le escurrían por el morro. Y ahí estaba yo, al lado de mi hermano el Tigre, lamiéndole los pelos del morro, tratando de recoger esa delicia que él desperdiciaba, por nadar, como nadaba, en la abundancia.

Me fui alimentando de esa manera esforzada durante varios días. A la semana seguía teniendo yo unas patas frágiles, quebradizas casi, que apenas si me sostenían el paso, pero mi ingenio, en cambio, se había robustecido mucho a fuerza de hambre, y me indicó la manera de llegar antes que nadie a las tetas colmadas de mi madre. Era un método sencillo e infalible: bastaba con que me dedicase a vigilarlas de cerca todo el tiempo.

Mis hermanos habían crecido mucho; estaban cada vez más audaces, se alejaban, atacaban hojas secas, perseguían pajaritos y jugaban a la guerra. Pero yo tenía algo más importante que hacer: cumplir con mi hambre. De modo que, mientras ellos se distraían por ahí, husmeaban, escarbaban, recibían picotazos y sufrían graves accidentes tratando de morder comadrejas, yo me dedicaba esmeradamente a observar las tetas de mi madre. No les quitaba los ojos de encima. Y, en cuanto veía que ya no le colgaban vacías y lacias sino que poco a poco empezaban a inflarse y a curvarse hasta quedar por fin gordas como gotas reventonas debajo de la panza, salía disparado como bala hacia el sitio de la felicidad y ahí me prendía, sin esperar siquiera a que ella se echara. A veces caminaba la pobre muchos metros conmigo ahí colgado, algo incómodo tal vez, pero feliz, dueño de toda la felicidad del mundo.

El éxtasis era breve, eso sí, porque no había yo tragado más que seis o siete cargas de leche cuando ya venían todos los demás en patota, dejandō hojas, guerras y comadrejas, atraídos seguramente por ese olorcito in-

confundible que nos hacía tambalear el alma. Se echaba entonces mi madre y el montón de hijos se le venía encima. Yo quedaba debajo, en el fondo, todavía prendido a mi teta, que ya me había dado mucho, aunque no lo suficiente para mi gusto, dispuesto a defenderla.

Mi destino dependía, entonces, de quién fuera mi contrincante. Podía mantener a raya al Bigotes, que siempre fue distraído y soñador, o al Colita, o al Batata, o a la Ñata, que nunca terminaba de acomodarse porque tenía el berretín de mamar siempre panza arriba. Pero si los que me disputaban mi bien ganada teta eran la Manchas, el Oso o el Tigre, la batalla estaba perdida de antemano. Ni siquiera hacía falta empezar a pelear; bastaba que ellos se me acercaran, con su inmensa talla de matones, llenos de músculos ya, tan decididos, para que yo me retirara discretamente de mi querida fortaleza, convencido de que, cuando uno tiene más huesos que músculos y los ojos más grandes que las patas, lo mejor que puede hacer es ampararse en la astucia y no probar nunca el camino de la fuerza.



Capítulo II

*Donde describo nuestros esfuerzos
por entrar al paraíso.*

EN REALIDAD, NO PUEDO culpar a mis hermanas por su avidez desesperada. Sucede que en mi barrio la comida era escasa. Mi madre hacía lo posible por alimentarse bien, pero seguía siendo un manojo de huesos, tan flaca que a veces se me hace que ni proyectaba sombra.

Yo mejor que nadie puedo dar cuenta de sus afanes por conseguir comida. El método de vigilancia permanente de las fuentes de la alegría que había desarrollado para lograr llegar antes que los demás al festín me permitió ser testigo, día tras día, hora tras hora, de su incansable tarea de llenar el estómago con algo contundente. No acababa de brotar la última gota de sus tetas exhaustas que ya salía ella a reponer sus energías.

No le resultaba fácil la tarea. Tenía muchas virtudes mi madre, pero no la de la destreza. Nunca fue gran cazadora. Era algo corta de vista y más bien lenta por culpa de una vieja renguera, de modo que los pajaritos se le escapaban con facilidad, casi en las narices. Los ratones también eran rápidos, y no abundaban tanto —aunque en una ocasión memorable la vi atrapar de una sola dentellada a un cuis deslumbrante de gordo—, y, en cuanto a las comadreja, mi madre sabía por experiencia que es mejor no entrar en tratos con ellas. Ranas había en abundancia, eso es verdad —al atardecer sonaban como chaparrones de campanitas debajo de los berros y

los hinojos— pero seguramente le resultaban demasiado escurridizas. Por otra parte, creo que siempre le despertaron un ligero sentimiento de asco, ya que sólo en una o dos ocasiones de extrema hambruna la vi acercarse al gran charco que había cerca de la ruta y recoger una o dos como a desgano y sin disimular el disgusto.

La gran solución era la Quinta, aunque tenía sus riesgos.

En la Quinta abundaba la comida, la comida se apilaba, se amontonaba, brotaba de todos los rincones. Había espléndidos tachos de basura, mesas tendidas, provisiones que caían de las bolsas como gloria del cielo, ristras de chorizos, tiras de asado, huesos en los que habían quedado pegados maravillosos cueros, grasitas crocantes, fibras jugosas. La Quinta era el paraíso, pero ya se sabe que al paraíso no es tan fácil acercarse.

No sólo nosotros sino todos los demás perros de los alrededores sabíamos que, para conseguir comida de la Quinta, no había sino dos caminos: la caridad o el robo. Mi madre, que, como ya dije antes, no era demasiado audaz ni demasiado diestra, solía obtener mejores resultados con la caridad, pero varios de mis hermanos y muchos vecinos desarrollaron, como ya tendré ocasión que contarles luego, admirables técnicas de robo.

No se puede decir que fuera hermosísima mi madre, pero linda sí era. Clarita, de pelo suave, erguida, con esos ojos oscuros enormes y de mirar tan dulce. Siempre mansa además —a mi modo de pensar, hasta demasiado—, de buen carácter, acostumbrada a soportar las exigencias de los perros jóvenes en las épocas del amor y las exigencias de sus cachorros después, en la época de la crianza. En la Quinta ya la conocían; la llamaban la Buena. Para la Buena siempre había algún hueso y hasta un buen trozo de falda completo, hígados de pollo,

chicharrones y a veces papas frías, que mi madre nunca rechazó, un poco de puro educada que era y otro poco por eso de que cuando hay hambre, ya se sabe, no hay pan duro.

Yo que, fiel a mi teta, como siempre, no me separaba de mi madre ni a sol ni a sombra, asistí en más de una oportunidad a esas generosas meriendas. Los humanos me resultaban apasionantes en esos tiempos. No sólo los observaba con atención y cuidaba de atrapar con mis orejas todas sus palabras —cosa que jamás he dejado de hacer—, sino que además depositaba en ellos una fe y una confianza que hoy, a la distancia, no puedo sino considerar ingenuas.

Sin embargo, hay que reconocer que el amor a la Buena se terminaba de repente en la Quinta si la Buena llegaba con todos sus cachorros a cuestras o acompañada por otros vecinos y compadres de la zona que, sabiendo de sus excelentes migas con los dueños de la comida, se le pegaban como sanguijuelas en cuanto ella enfilaba hacia el gran portón de madera. Cuando en lugar de una perrita buena, mansa y amielada llegaban quince o veinte perros hambrientos, los de la Quinta dejaban de sonreír, agitaban los brazos en el aire, gruñían, ladraban “fuera, perros” como desaforados y juntaban piedras para hacer puntería en nuestros lomos. Y no sólo eso: en algunos casos, cuando los más remisos se negaban a abandonar el terreno, soltaban a las Bestias.

Las Bestias merecen un párrafo aparte. Eran dos, macho y hembra. Altas, negras, musculosas. Con collares gruesos y erizados de púas alrededor del cuello. Me cuesta aceptar que pertenecieran a mi propia especie. Nunca entendí por qué nos odiaban tanto. Pero nos odiaban, eso es seguro. No se limitaban a corrernos, a gruñirnos y a ladrarnos con furia sino que, cuando

lograban atrapar a alguno de nosotros, como le pasó al pobre Bigotes un día, nos mordían sin piedad y nos dejaban aullando y sangrando junto al cerco. Rara vez avanzaban sobre el camino. Se quedaban un rato largo junto al portón, matoneándonos y mostrándonos sus dientes blancos y largos, y después se daban media vuelta y volvían hacia la casa, marcando orgullosamente cuanto árbol encontraban en el camino.

Supongo que ése era su trabajo, el conchabo que habían conseguido. Conchabo de Bestias. Sus ventajas tendría, porque parecían bien alimentadas y tenían los dientes blancos y el pelaje lustroso. Aunque no todo era rosas: estaban casi siempre encadenadas a una gran argolla de hierro que habían clavado con una estaca en el suelo y tenían los ojos sombríos y opacos. De todos nosotros, el único que, al menos en una oportunidad, logró dejarles el recuerdo de una dentellada en el pescuezo fue el Tigre. Fue su último acto de rebeldía, todo el barrio le celebró la hazaña.

Las relaciones con la Quinta empeoraron mucho después del primer robo, y mi madre ya ni siquiera se atrevía a aparecer mendigando por los alrededores del portón. Obra de la Manchas, que siempre fue la más rápida y la más decidida: les robó todo un pollo. También ella, como el Tigre, ganó gran popularidad en el barrio con la hazaña.

En mi familia adoramos el pollo. El pollo o el pájaro. Vivo o muerto, crudo o cocido, con o sin plumas, gallina, gorrión o cotorra, no somos quisquillosos al respecto. Mi padre, según le oí decir en una oportunidad al puestero, era el terror de las urracas que anidaban en el ombú del fondo. Digo esto para que se entienda bien lo que pudo llegar a sentir mi hermana cuando pasó por el campo de trigo que da a los fondos de la Quinta, tratando



de evitar el cerco por si las Bestias andaban sueltas, y de pronto sintió el inconfundible aroma de un pollo gordo, inmenso, que empezaba a entibiarse encima de la parrilla. Uno huele esas primeras gotas de grasa estallando contra las brasas, ese chamusque de la piel, donde tal vez haya quedado prendido el canuto de alguna pluma, y uno siente que el estómago le da un vuelco, que algo irresistible, poderoso, lo impulsa a acercarse de un salto al sitio de donde mana el aroma y a apropiarse de él, a metérselo en el cuerpo cuanto antes, casi sin masticarlo.

Eso fue precisamente lo que hizo la Manchas. Le sirvieron su extraordinaria agilidad y su sigilo. La Manchas nació para ladrona: elástica, silenciosa, veloz. Se arrimó al cerco sin mover siquiera una brizna, sin hacer temblar ni una hebra del penacho de los cardos, se metió por un hueco del alambrado y, de un solo salto, desafiando los carbones encendidos y el espantoso calor que despedía todo ese sitio, hizo pie, con gran riesgo de su vida, en la roldana donde se enroscaba la cadena que hacía subir y bajar la parrilla y atrapó su pollo.

Cuando uno de los habitantes de la Quinta alcanzó a verla, ya estaba ella de nuevo en el campo de trigo, corriendo a toda velocidad, con las mandíbulas bien apretadas y arrastrando su botín por el suelo. Soltaron a las Bestias de inmediato, pero la Manchas ya estaba muy lejos de su terreno y no lograron seguirle el rastro.

Para decir verdad, no fue mucho lo que disfruté de ese pollo legendario, como se podrán ustedes imaginar. Después de que se hartaron la Manchas, el Oso y el Tigre, de que recogieron los tendones y los pellejos aprovechables el Batata, el Colita y la Blanca, y de que mi madre, el Coco, el Uñas y la Ñata se ocuparon de triturar a conciencia el resto de los huesos, al Bigotes y a mí no nos quedaron del banquete más que dos astillas, que más

que comer estuvimos olisqueando y adorando largo rato, tratando de sacar el mejor provecho posible de ellas, porque, si bien eran incapaces de aliviarnos el hambre, bien podían servir para alimentarnos el espíritu y para acariciarnos el orgullo, que teníamos casi siempre bastante maltrecho.

El de la Manchas fue el primero de una serie de robos de los que no fueron protagonistas los miembros de mi familia sino otros compañeros del vecindario, que empeoraron considerablemente la situación y desembocaron en una ruptura total de las relaciones amistosas con la Quinta.

Al terror de las Bestias se agregó por ese entonces el terror del Chumbo, un rifle de aire comprimido que hizo sus estragos y que a mí me dejó de recuerdo esta colarabona que tengo y que a algunos les despierta risa.

En pocas palabras, que el paraíso se nos cerró de un portazo y nos quedamos del lado de afuera de la abundancia, condenados a entretener como mejor pudiéramos el hambre.

Y fue precisamente en medio de esa época de dieta rigurosa que algunos de nosotros empezamos a conseguir empleo.

Capítulo III

*Donde cuento cómo me convertí en mascota
y lo complicado que resulta durar en ese empleo.*

AUN PERRO LO QUE le conviene es tratar de conseguir trabajo cuanto antes; nadie ignora que los mejores empleos son los que se consiguen de cachorro. Un cachorro, sobre todo si es un poco gordito, medio torpe, juguetón y peludo, puede muy bien emplearse como mascota. Si dura en el empleo y sobrevive a los primeros tiempos, que son, como ya tendré ocasión de explicarles, considerablemente difíciles, puede acceder al puesto de mascota permanente y tener de ese modo su vida asegurada. Con eso quiero decir que va a tener comida —a veces más, otras veces menos, pero en general siempre suficiente—, que va a conseguir el modo de evitar mojarse demasiado cuando llueve, que en invierno es muy probable que consiga un buen fuego junto al cual entibiarse y que siempre, o casi siempre, va a haber alguien dispuesto a hablarle y a darle palmadas en el lomo.

Pero llegar a mascota permanente no es moco de pavo. Primero hay que pasar por el duro período de aspirante a mascota.

El primero de nosotros que consiguió conchabo fue la Ñata, como era de imaginar. En primer lugar porque es muy linda y en segundo lugar porque es muy cariñosa, tan cariñosa y buscadora de mimos que alguna vez llegué a pensar que había habido engaño y que nos habían metido gata por perra. Se la llevaron unos que habían

acampado el fin de semana cerca del río. Nunca volvimos a saber nada de ella, de modo que su experiencia como aspirante a mascota es para todos nosotros un verdadero misterio.

En cambio, pudimos ser testigos de lo que le sucedió al Tigre y sacar nuestras conclusiones y nuestras enseñanzas.

Al Tigre se lo llevaron los chicos del puesto de la chacra, y en un primer momento creímos que lo querían también para mascota. Era fuerte y musculoso, y creo que les gustó que tuviese esas rayas negras alrededor de la cara, que lo hacían parecer tan feroz y decidido. Dejé de verlo por algunos días, pero una mañana anduve persiguiendo un chingolo de lo más escurridizo, que me obligó a meterme en medio de la plantación de tomates, y lo vi a mi hermano. Estaba tendido junto a la casa, con el morro entre las patas. No parecía muy contento, aunque tenía un buen hueso al lado y una enorme lata con agua. Cuando se puso de pie, moviendo la cola porque me reconoció enseguida, le vi la soga en el cuello; una soga no demasiado incómoda, supongo, y bastante larga, que iba hasta la bomba de agua. En cuanto se la vi me di cuenta: al Tigre no lo querían de mascota, lo estaban entrenando para Bestia.

El Tigre siempre me había parecido un feliz, un dichoso, un elegido, pero esta vez no le envidié la suerte; el de Bestia siempre me pareció un conchabo detestable. De modo que se podría decir que para mí fue una ventaja ser petiso, enclenque, rabón y bigotudo; a nadie que estuviera en su sano juicio se le podía ocurrir ponerme a trabajar de Bestia. En cambio, podía llegar a tener algún futuro como mascota: siempre di un poco de risa.

Jamás olvidaré el día en que me eligieron, que fue también el día en que estuvieron a punto de no elegirme.

Ahí estaban las tres, muy enruladas y muy indecisas. Yo las veía mirarme y mirar a mi hermano el Coco, que es muy gracioso porque tiene el cuerpo clarito, como mi madre, pero la cabeza completamente negra, y después mirarme de nuevo a mí y comentar algo, y señalar mis orejas, que sé muy bien que son mi mayor atractivo, y mi cola, rabona para siempre por culpa del balín. Dudaban.

También yo tenía mis dudas, en realidad: a esa altura no estaba seguro de si quería o no quería conchabarme como mascota. Por un lado pensaba que iba a extrañar algunos olores (para empezar el de mi madre, aunque hacía ya más de un mes que no mamaba de ella, pero también el del verdín del charco, el de las hojas podridas y el del berro), y por otro pensaba en lo esforzada que iba a ser mi vida como perro libre en esos parajes, donde cada vez había menos cuises y menos urracas, y cada vez más chumbos ardientes y más bestias.

Por fin tomé mi decisión y las ayudé a ellas a tomar la suya: las miré fijo con mis grandes ojos redondos, ladeé la cabeza y lancé un gemidito, un gemidito tímido, de esos que siempre me habían resultado eficaces en mis primeras semanas de vida, cuando acompañaba a mi madre en sus campañas para recolectar fondos, en la época en que todavía era posible ir a mendigarles algo a los dueños de la Quinta. Surtió efecto de inmediato. Las dos enruladitas chicas se lanzaron sobre mí diciendo que me querían a mí y a nadie más que a mí, que yo y sólo yo era el elegido. La enrulada mayor estuvo de acuerdo. Lo miré al Coco de reojo: acababa de obtener el puesto de aspirante a mascota.

Sin embargo, antes tuve que pasar por una inspección bastante humillante: el sexo. La enrulada mayor insistió en que había que asegurarse de que yo fuese macho y no hembra, porque no quería que se le llenase la casa de

cachorros, dijo. Una de las enruladitas me alzó, me dio media vuelta en el aire, me miró con toda atención, hizo una mueca y luego me entregó a la mayor diciendo:

—No sé, ma; es demasiado chico; no me doy cuenta.

Esas palabras, que supongo que divirtieron bastante a mi hermano Coco, (el pobre se había quedado ahí un poco arrinconado, molesto posiblemente de que lo descartaran con tanto entusiasmo), fueron para mí un verdadero anuncio. De inmediato comprendí cuál era la regla número uno que debía observar cualquier aspirante a mascota: tolerar humillaciones. Mi sexo era perfectamente evidente para cualquiera que no fuese un ignorante, jamás nadie tuvo la menor duda al respecto, pero ahí estaba yo, manso, esperando que la enrulada mayor dictaminase después de observarme con mucha atención:

—Sí, está bien, es machito.

Y me llevaron con ellas.

Guardo de esa primera experiencia unos cuantos recuerdos imborrables. En pocas horas aprendí algunas cuestiones fundamentales acerca de los humanos. Por ejemplo, la tremenda importancia que les dan a los nombres. Tenían que decidir cómo me iban a llamar y eso les llevó un día completo de peleas, discusiones y ensayos. Para mi familia yo fui siempre el Orejas; nadie imaginó que hiciera falta pensar en ninguna otra posibilidad. Pero en mi primera tarde como aspirante a mascota fui alternativamente Kuki, Huberto, Rito, Tomás, Morrongo —¡que el cielo las perdone!—, José, Lulú, Poroto, Motita, Vladimir y Taxi —supongo que porque soy todo negro y con las orejas, según oí decir, amarillas. Y créanme que ya había caído la noche cuando se decidieron por Toto. No me gustó demasiado, pero a esa altura del día me sentía verdaderamente fatigado de haber

atravesado tantas personalidades sorprendentes y agradecido de que por fin se hubieran detenido en una.

Mi vida como Toto no fue fácil.

Para empezar las tres enruladas vivían en un departamento. ¿Alguna vez intentaron escarbar un pocito en las baldosas para conseguir una siesta verdaderamente fresca, o rascarse el lomo en una colcha donde las hojas y las ramas están dibujadas, levantar la pata junto a un árbol que a la postre resulta ser una mesa o entusiasmarse con un pajarito cantarín, pequeñito pero seguramente sabroso y tierno, que lo provoca a uno irrespetuosamente el día entero desde detrás de unos barrotes por los que uno ni siquiera puede hacer pasar la punta del morro? ¿Saben lo que les espera si acaso se les ocurre ensayar los dientes nuevos con un zapato jugosito o jugar a la guerra con el borde de una cortina? ¿Imaginan siquiera lo que se siente cuando la carrera más larga que uno puede hacer es la que va del baño a la cocina por el pasillo, en total dos metros y ochenta y tres centímetros? ¿Las torturas que uno puede llegar a experimentar cuando la enrulada y las enruladitas se olvidan de dejar un tacho con agua y uno deambula la tarde entera con la lengua afuera hasta dar, por casualidad, con un bienhechor inodoro? ¡Para no hablar de lo ridículo que se siente uno cuando lo pasean en un cochecito vestido con un camisón viejo y con un moño en la oreja!

Porque las enruladitas no descansaban nunca, eran nenas llenas de ideas, con imaginaciones robustas: tormentosa navegación en la bañera encima de una pizzera; carrera en patineta por el pasillo; breve estadía en el cajón de los cubiertos y hasta un intento, frustrado por la enrulada mayor, gracias al cielo, de centrifugarme en el lavarropas. Claro está que también había compensaciones: orejas muy bien rascadas, espléndidas batallas

con trapitos, inolvidables besos en el morro, comida abundante, dulces entregados a escondidas y el permiso, casi siempre, de dormir enroscado sobre un colchón blandito.

Creo que a la larga habría terminado por acostumbrarme a mi destino de mascota, y estaba ya convencido de que mi paciencia era suficiente para permitirme atravesar la difícil etapa de aspirante y acceder definitivamente a la de mascota oficial, cuando sucedió el percance.

Para ese entonces yo ya llevaba acumulados algunos puntos en contra: me había masticado dos zapatos (para colmo, de pares diferentes), un guante (sólo el dedo meñique, en realidad, pero eso no pareció servir de descargo) y siete flecos de colcha; había hecho ciento veintidós pises en la alfombra y dos cacas en el sofá del living (pero sucedió durante mi más tierna infancia, cuando me resultaba demasiado difícil controlar ciertos impulsos); había arrancado a tirones una cortina, vaciando diecisiete veces el tacho de basura y ahorcado cuatro muñecas, sin contar las dos ocasiones en que, recordando la inolvidable hazaña de mi hermana Manchas, había atrapado sendos bifés a punto de encima de la plancha.

Había recibido muchos retos, pero después había llegado el perdón, como es debido. Lamentablemente, el percance fue otra cosa. Por alguna razón que yo no alcanzo a entender, el percance fue algo imperdonable. Sin embargo no hubo muertos, ni heridos, nadie salió lastimado; sencillamente me comí dos mil cuatrocientos cincuenta y cinco dólares, según oí decir, eso fue todo.

No los comí del todo en realidad, aunque admito que los mordisqueé a fondo, y hasta creo que intenté tragarlos. Pero eso fue culpa de la enrulada mayor. Culpa de ella por tener esas ideas. Es cierto que tal vez a ningún

ladrón se le ocurriría ir a buscar plata adentro de la heladera, pero ¡guardar los ahorros en un sobre al lado del jamón crudo tampoco parece ser una idea muy sensata!

Fueron los dólares más fragantes de mi vida. Cuando quedaron ahí, encima de la mesada de la cocina, descuidados por algunos minutos, oliendo a sabrosura, no medí las consecuencias. Desgraciadamente, el sabor de ninguna manera estaba a la altura de lo que prometía el perfume; me resultaron resecos, insulsos y pastosos, hubo varios de los que dejé casi la mitad y dos que ni siquiera toqué. Pero nadie parece haber notado ese detalle. Cuando la enrulada mayor volvió a la cocina, seguramente dispuesta a devolver sus dólares a las regiones frías, y me vio rodeado de restos de papelitos verdes, con el retrato de un señor tipo caniche asomándose desde la comisura izquierda de mi boca, primero ladró tanto pero tanto que no tuve más remedio que aplastarme contra el piso tapándome las orejas y después, extrañamente, se puso a gemir y a aullar y le corrían riachos de los ojos. Ahí me di cuenta de que el percance no era cualquier cosa.

La enrulada mayor se negó a seguir viviendo conmigo. Claro que, como las enruladitas se negaban a seguir viviendo sin mí, hubo que pensar en una solución intermedia: me iba a ir a casa de la tía Dora, que vivía muy cerca y que, para gran alegría de todos, era loca por los perros.

Capítulo IV

*Donde, gracias a los desvelos de la tía Dora,
vivo las experiencias alucinantes del portaorejas y el rabo mecánico.*

EFFECTIVAMENTE, LA TÍA DORA era loca por los perros. También era loca, como pude muy bien comprobar a los pocos días de cohabitar con ella.

Además de mi propia persona había en su casa otros dos perros: una caniche blanca, más bien seductora, debo reconocer, pero antipática y pedante, y un pequinés chillón, desagradablemente diminuto, que nunca llevaba menos de siete hebillas de diferentes colores en el pelo. Dora los adoraba. Con eso quiero decir que se pasaba el día peinándolos, bañándolos, perfumándolos, lustrándoles las uñas, recortándoles los bigotes desparejos y hasta —lo que considero una verdadera exageración— cepillándoles los dientes. Tenían cada uno su cucha acolchada; la caniche usaba manta escocesa y el pequinés, frazada a lunares. Para llevarlos a pasear tenía unas correas increíbles, de seda o de terciopelo, según fuese verano o invierno, aunque en realidad la mayor parte de las veces los llevaba alzados, para evitarles todo tipo de peligros, de esos que acontecen en la calle.

Creo que me aceptó de puro bondadosa, porque noté, en cuanto me echó una ojeada, que no estaba pasando con buenas notas el examen.

—¿Cómo se llama? —preguntó mientras me daba (sin mucho entusiasmo, creo) una palmada.

—Toto, tía —dijeron las dos enruladitas al mismo tiempo, orgullosas del nombre que me habían sabido conseguir.

La tía Dora puso cara de sanbernardo y gimió suavemente.

—Lo voy a llamar Lord —dijo.

Acepté sin chistar, por supuesto, por esa cuestión de que los nombres son para los humanos asuntos de suma importancia, pero confieso que quedé un poco preocupado por el progresivo y drástico achicamiento de mi persona: de Orejas a Toto y de Toto a Lord... Me pregunté si mi próximo dueño me iba a llamar con un estornudo.

Acto seguido la tía Dora nos dejó a todos boquiabiertos con sus admirables conocimientos en materia de razas, cruza y pelajes. Me enteré de repente de que mis patas eran demasiado cortas para que se me pudiese tomar por bretón, pero demasiado largas para pasar por cocker; que mis bigotes podían acercarme a un terrier pero que mis orejas, en cambio, me alejaban definitivamente de él y más bien me arrimaban un poco a los basset, con los que, sin embargo, jamás podría confundirme por razones tales como mi talla, mis mejillas, mis patas, mi morro y mi irremediable rabo. Descartamos desde el vamos los dálmatas, los galgos, los collies, los boxers y los ovejeros, porque mi presencia era demasiado modesta para aspirar a esas grandezas, y las miradas de desprecio que me echaron la caniche y el pequinés dueños de casa me dieron a entender que era mejor que no osase hacerme pasar por pariente de ellos.

—En fin, ya se verá lo que se puede hacer —suspiró la tía Dora.

Y me recibió definitivamente de manos de las enruladitas prometiéndoles que podían venir a visitarme todos los días.

Ahí empezó mi segunda y última etapa como aspirante a mascota.

Al principio me felicité por el cambio. La tía Dora le ofrecía a uno una vida regalada, con mantitas, comida sabrosa y muy nutritiva, largas siestas y paseos por el barrio, y jamás le imponía a uno cruceros en pizzera ni riesgosas carreras en patineta. Por otra parte tenía un jardín diminuto, donde al menos una vez me di el gusto de hacer un par de pozos húmedos y blandos que me trajeron viejos recuerdos, y nunca, ni por una casualidad, le hacía faltar a uno el agua. Digo más: había diseminadas por la casa no menos de quince o veinte vasijitas de diferentes colores, porque la tía Dora opinaba que a uno lo puede llegar a sorprender la sed en cualquier momento. Conocí delicias increíbles: acelgas a la crema, pollo al horno con papas, espárragos con salsa de hongos, arroz con azafrán y albahaca... Y, aunque jamás logré acostúmbreme a los incómodos escarpines de lana que insistía en calzarnos en cuanto refrescaba un poco, no puedo negar que disfrutaba bastante cuando durante la siesta me cubrían el lomo con una tibia manta... Para un perro como yo, nacido en los suburbios de los suburbios, casi en el campo, acostumbrado a la vida agreste, a los alambres de púa, a los chumbos y al hambre, la vida en casa de la tía Dora pareció al comienzo un paraíso.

Pero no. Ya dije que es duro llegar a mascota.

La tía Dora estaba orgullosa de sus perros, y ese orgullo fue mi perdición. Le gustaba verlos bien, espléndidos, irreprochables. Y así como peinaba, perfumaba, cepillaba y recortaba al caniche y al pequinés, tuvo la fantasiosa idea de convertirme a mí en un perro presentable.

Me temo que era una empresa imposible.

Empezó por llevarme al peluquero.

Desconozco otras experiencias, porque me he cuidado muy bien de no volver a acercarme nunca más a una peluquería, y no sé si los humanos pasarán por las mismas torturas que los perros cuando deciden cortarse el pelo. Quiero decir que, por ejemplo, ignoro si también a ellos los atarán de pies y manos, les pondrán bozales, los arrojarán sobre una camilla fría y resbalosa y les inyectarán por fin una potente anestesia.

No me extrañaría nada que los sometieran a un tratamiento semejante, porque es verdaderamente insultante y doloroso que a uno le corten el pelo. El pelo propio. El que hace años y años que lo viene acompañando a uno día y noche, desde la infancia, desde los primeros días. Ese pelito de uno que ha ido acumulando pelusas, abrojos, chinches, olores, y alegres y entrañables pulguitas con las que uno batalla sin cesar pero que también son las que hacen más divertida la vida. Opino que cortarse el pelo es doloroso, injusto y dañino para la salud. Y tiene graves consecuencias, porque uno queda ahí hecho una piltrafa, primero dormido como un almohadón, y después atontado, enclenque, incapaz de usar sus propias patas para caminar, viendo el mundo borroso y sintiendo además un desamparo, una soledad y un frío, que ni les cuento.

Dora optó por un corte al ras, aunque debo reconocer que me perdonó los bigotes, probablemente con la esperanza de que, en cuanto mi pelo volviese a crecer, en lugar de crespo, apelmazado, desteñido y desparejo, iba a surgir sedoso, lacio y espléndido como el de un setter, dijo.

A las enruladitas les costó mucho reconocermelo y me parece que miraron con cierto reproche a la tía Dora cuando notaron que diecisiete horas después de la anes-



tesia peluquera yo seguía tambaleándome como el Pulgas, que, por vivir como vive en el bar de la estación, siempre anda medio borracho.

Lo de la peluquería fue terrible, aunque vaya y pase. Pero lo que me resultó verdaderamente intolerable fue el asunto del portaorejas y el rabo mecánico.

Sin embargo, me parece que no corresponde echarle toda la culpa de mis desdichas a la tía Dora; también tuvo su parte de responsabilidad el dueño de la veterinaria, que, haciendo honor a una clienta de la talla de la tía Dora, no acababa de importar adminículos inverosímiles y exhibirlos en su odiosa vidriera.

El portaorejas —incomodísimo, atroz— servía para mantener erguidas mis dos lánguidas, largas y cómodas orejas, excelentes para espantar moscas, con las que yo estaba perfectamente encariñado. Se ataba con una correa por detrás de la cabeza y quedaba disimulado — para colmo de males— con una especie de gorro que había tejido la tía Dora con todo esmero y que, según pude comprobar de inmediato, multiplicaba por tres, como mínimo, las risas que despertaba yo entre el vecindario. Gracias a ese invento mis orejas quedaban irremediablemente separadas de mi cabeza, formando una curva absurda que más bien las hacía semejar a un par de alas. La tía Dora opinaba que me daban un aire exótico y mucho más elegante.

Pero su gran preocupación era mi rabito, diminuto, casi un botón, una nada. Consideraba que un buen rabo, un rabo suntuoso, podía aportar mucho a mi prestancia. La solución llegó cuando el malhadado veterinario sacó sus catálogos de novedades y le habló del famoso rabo mecánico. El trámite llevó unos cuantos días; hubo que estudiar folletos, llenar un formulario de pedido y por fin encargarse el modelo definitivo.

¡Qué invento abominable! Me metieron el rabo (el propio, el verdadero) dentro de una especie de rosca, que fueron apretando hasta límites insoportables, y luego enroscaron a manera de tuerca el rabo mecánico. Era largo, pesado y molesto. Me sentí dispuesto a no volver a moverlo durante el resto de mi vida.

Oí como el odioso veterinario le decía a la tía Dora con ojos de dogo y sonrisa complaciente:

—Que lo use media hora el primer día y dos horas al día siguiente. Se tiene que ir acostumbrando de a poco.

Nunca me acostumbré. Bastaba que la tía Dora me enroscara ese rabo intruso para que yo me jurara tristeza permanente, no volver a mover la cola nunca jamás en el resto de mi vida.

Dos paseos por el barrio soporté con portaorejas y rabo mecánico. Al tercero me escapé.

Capítulo V

*Donde regreso a la libertad
y recupero mis tratos con el hambre.*

HAY UNA CUESTIÓN ACERCA de la cual nunca nos hemos puesto de acuerdo con los humanos; ellos insisten con que la libertad es una idea, y nosotros estamos convencidos de que es sobre todo un olor. Se trata de una reyerta muy antigua y no creo que tenga sentido echarla a rodar de nuevo, de manera que me voy a limitar a dejar bien en claro que, en esta que es *mi* novela, la libertad es un olor. O el recuerdo de un olor, que se vuelve penetrante como un olor verdadero cuando uno se ve obligado sentir otros olores que son los olores del cautiverio. Por ejemplo, el olor del perfume con que la tía Dora insistía en perfumarme los bigotes. O el olor de la pasta con que me cepillaba los dientes (y de paso me clavaba la punta del cepillo en las encías). O el olor del filo del alicate, que se sentía con toda nitidez mientras uno tenía que hacer cola con un pequinés antipático y una caniche vanidosa esperando que le cortasen las uñas. O el inolvidable olor a cuero de las odiosas correas de un intolerable portaorejas.

Los olores del cautiverio me obligaban a recordar el olor de la libertad. Pero no estoy seguro de que hubiesen bastado para impulsarme a la acción. El impulso definitivo, el salto mortal, la decisión irreparable fue algo que sólo pudo suceder cuando me llegó, flotando en el aire de una tarde que había sido de lluvia, el inconfundible, el profundo, el exquisito olor de las hojas podridas mezcladas con el berro.

Todo sucedió de manera tan rápida y tan brusca que los recuerdos se me confunden. Y digo esto para que no me acusen de narrador desprolijo si el relato de esos acontecimientos tan decisivos para mi vida resulta más desenhebrado que entero.

Íbamos los cuatro por la calle, de eso sí que me acuerdo: el pequinés, la caniche, yo y la tía Dora. El pequinés y la caniche alzados, como siempre, uno debajo de cada brazo, sin escaarpines porque era primavera y el aire estaba cálido, y yo, prendido por medio de una cinta de seda tornasolada al cinturón del vestido floreado de la tía Dora. Solíamos pasearnos así por el barrio. La tía Dora opinaba que formábamos los cuatro una figura digna e imponente. Por mi parte, siempre tuve algunas dudas al respecto: las sonrisas y hasta carcajadas que despertábamos al pasar me hacían suponer que tal vez no fuese tan aristocrático nuestro aspecto.

La cuestión es que íbamos los cuatro: la tía Dora con la mirada en alto, sin poder ocultar el orgullo por sus irreprochables mascotas; yo, arrastrando como mejor podía mi odioso rabo y soportando con desagrado las ráfagas de aire fresco que se me colaban descaradamente en las zonas íntimas de las orejas, y el pequinés y la caniche, echándome cada tanto algún gruñidito despectivo desde lo alto de sus miradores, cuando de pronto me llega el olor, inconfundible, penetrante, entre dulzón y picante, de las hojas podridas cuando se mezclan con el frescor del berro.

Pegué el tirón.

Pegué el tirón sin pensar; mucho antes de pensar, ese tirón ya estaba resuelto. Y lo demás —y ahí se me desordena todo— fue sólo vértigo y carrera. Me acuerdo de algunos gritos, de tres o cuatro manos alzadas vistas de refilón y que tal vez me señalaban, de la tía Dora, a lo



lejos ya, chiquita, floreada, pegando saltos en el suelo, y de los ladridos chillones de los que, a medida que yo corría y me alejaba, podía ir llamando cada vez más ex compañeros. Pero más me acuerdo del ronroneo fiel, constante, de la cinta de seda, con el cinturón blanco de la tía Dora atado a una punta, que se arrastraba a mi lado raspando el asfalto y sacándole chispas. Y de mi hocico, buscando el olor mientras corría, un olor que de a ratos perdía y de a ratos atrapaba.

No pensaba. Mientras corría no pensaba; sentía un ensanchamiento, eso sí. Sentía que el nombre me iba creciendo, que de Lord volvía a ser Toto y después, enseguida, Orejas. Pero, salvo de ese ensanchamiento, no era consciente de nada, de nada más que del olor que me había brincado adentro. Corría. Corrí sin parar por el terraplén, pegado a las vías, y cuando por fin me detuve, jadeante, junto a una caseta que pareció un buen reparo, para recuperar el aliento, tampoco pensé. No tuve más preocupación que la de frotarme la cabeza contra los yuyos hasta desprender por fin el maldito portaorejas, que salió arrastrando con él la cinta tornasolada con el cinturón en la punta. Y el resto del día, hasta bien entrada la noche, lo pasé en el intento, infructuoso lamentablemente, de deshacerme del terrible rabo mecánico, que era mi única desazón en esa noche de gloria.

Me senté en la oscuridad a mirar el mundo.

Sacudí la cabeza con fuerza; cayó un abrojo. Lo olí, lo hice rodar con la pata. Recordé mi pata entonces. Me mordisqueé el callo hasta desprender una espina. Me agaché, hundi la cabeza entre las patas, la apoyé contra el suelo, sentí el olor de la lluvia que había caído esa mañana. Me eché de costado, abrí las narices, inflé el cuerpo con aire, estiré las uñas con pereza.

A lo lejos, no tan lejos, las campanillas de las ranas;

bichos de luz encendiéndose y apagándose delante de mi ojo; mi ojo, que de a ratos se abría y de a ratos se cerraba; un mosquito para apartar, feliz, con un sacudón de mis largas, lánguidas y recuperadas orejas; una chicharra larga; el sobresalto de un tren y después otra vez el silencio, las ranas, el maravilloso recuerdo del olor en el hocico. Y de pronto allá, en lo más hondo del cuerpo, en las tripas de las tripas, siento el punzón: era mi hambre otra vez, que me llamaba.



Capítulo VI

Donde me entero de que no soy el único hambriento y encuentro compañero.

EN ESO ESTABA, ENTRE la libertad y el hambre, cuando noté que algunas briznas se movían, aunque no fuera yo el que las moviera, que alguien, que no era yo, jadeaba, en fin, que no estaba solo en mi terreno.

Era el Huesos (me llevó un rato darme cuenta de que también era perro).

En mi vida de cachorro conocí muchos perros flacos. Mi madre, sin ir más lejos, era escuálida, ya les dije, puro esqueleto, y había entre los pedigüños de la Quinta cierto perro gris de orejas finas tan pero tan flaco que un día de sudestada se nos fue volando a otro pueblo. Pero ninguno de ellos tan flaco como el Huesos.

El Huesos era tan flaco pero tan flaco que casi era sólo un ruido: el que hacía su esqueleto cuando corría. Eso fue lo primero que noté después del asunto de las briznas y el jadeo: el ruidito hueco, simpático, rítmico, cloqueante, de los huesitos chocándose unos contra otros adentro del cuerpo.

El ruido se acercó hasta la planta de hinojo debajo de la cual estaba yo escarbando esforzadamente desde hacía un buen rato, con la esperanza de descubrir algún nido de culebras, y detrás del ruido, a las cansadas, llegaron dos ojos, bastante grandes, oscuros, que parecían flotar solos en el aire, sin cara. Aunque, mirándolos

mejor, uno se daba cuenta de que cara tenían los pobres ojos, sólo que era tan pero tan fina que parecía un papel de perfil, un cuchillo de punta. Menos mal que las dos orejas, un poco arrugadas pero voladoras como mariposas, lo ayudaban a uno a terminar de armar el acertijo y encontrar por fin la cabeza.

El ruido con ojos se dio media vuelta entonces, y ahí resolví que podía muy bien calificarlo como congénere y compañero, alguien de mi propia especie: perro, de raza tan desconocida como la mía probablemente, pero seguramente muchísimo más exótica, puesto que sus patas flameaban como hebras de lana con la brisa y sus costillas eran tan espléndidas y tan bien alineadas que merecían el empleo de rastrillo.

Nos olisqueamos a fondo, según nuestra tradición, y les confieso que quedé desconcertado. Ni aun esforzando mi hocico hasta sus límites y poniendo en juego todas mis destrezas olfativas pude detectar algún rastro de comida en el escaso pellejo de mi nuevo amigo. Ni un resto de carne, ni un recuerdo de grasa, ni una mota de pellejo o de cuero o de hueso, ni siquiera una miga de pan o una gota de vino o de té con leche. Nada, ni un olorcito. Limpio como el agua estaba el pobre. Me pregunté cuándo habría tenido lugar su última cena, porque viéndolo era de suponer que no había comido ni un mendrugo desde hacía por lo menos cincuenta días.

Él, por su parte, que también tenía hocico, aunque fuese casi invisible de fino, me olió concienzudamente todo el cuerpo, deteniéndose con deleite en algún resto de acelgas a la crema (mi almuerzo de la mañana de mi huida), una miga de tostada con manteca, una salpicadura de sabrosos trocitos balanceados, una gota de jarabe tónico, una untadita de mermelada, en fin, los resabios de mi vida regalada, que yo, por loco afán de libertad, por

perseguir ciertos olores, había abandonado de buenas a primeras.

El Huesos me despertaba cierta simpatía, pero reconozco que estuve dudando un poco en si hacerlo o no hacerlo mi compañero. Por un lado, sentía que un compañero con hambre me convenía, porque es mucho más probable que encuentre comida un hambriento que no un harto y un saciado. Pero, por otro lado, no podía menos que desconfiar de las habilidades del Huesos: alguien que hacía tanto pero tanto tiempo que no había almorzado no daba la impresión de estar demasiado bien dotado para encontrar comida.

Fue un acontecimiento impensado el que me decidió por fin a recibirlo con el rabo feliz y a proponerle una sociedad conveniente. Una lata oxidada que estaba tirada por ahí cerca tembló y, detrás de la lata, asomó el morro un ratón gris, bastante gordo.

El Huesos y yo lo vimos, los dos al mismo tiempo. Y lo asombroso fue que improvisamos de inmediato una excelente cacería con sincronización perfecta, como si hubiésemos sido viejos compinches de averías.

Para mi gran asombro, el Huesos se puso a bailar. Quiero decir que inició de inmediato una serie de enloquecidas carreras en redondo, que culminaban luego en dos o tres saltitos bastante ridículos, un par de sacudidas generales y una feroz rascada de orejas. El efecto fue el de un cloquear de huesos muy musical, muy rítmico y asombrosamente sonoro y persistente.

En cuanto pude recuperarme de mi propia sorpresa noté, con gran satisfacción, que más sorprendido aún estaba el ratón, hipnotizado casi, con los ojos clavados en el sitio de donde provenía esa música desacostumbrada, sumido en el más completo desconcierto. Desconcierto que debo confesar que aproveché para saltar sin demora

sobre él y convertirlo instantáneamente en merienda, cena, almuerzo y desayuno.

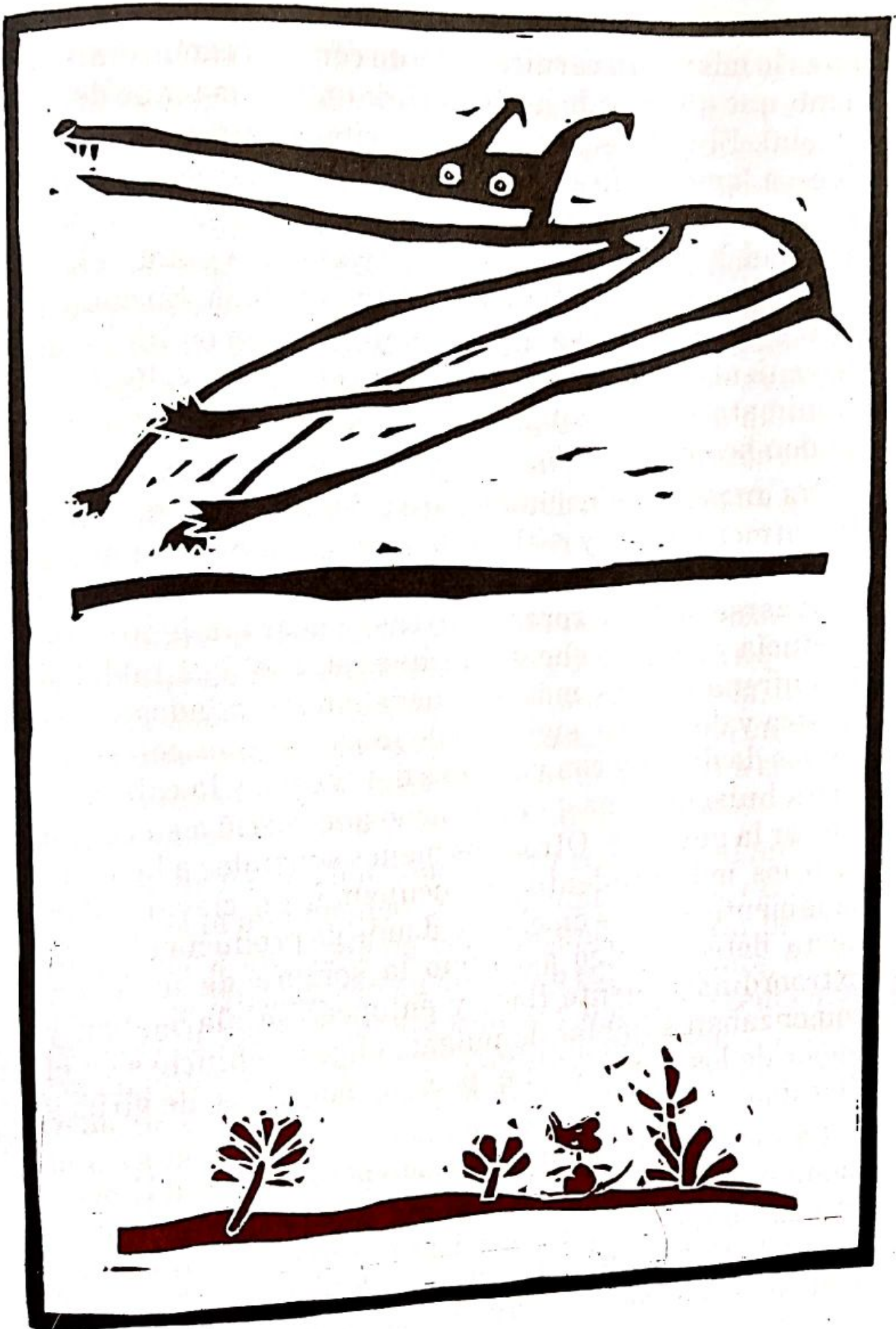
Compartimos solidariamente el botín con el Huesos, puesto que solidariamente nos lo habíamos ganado, y, si bien no se puede decir que nos haya sobrado la comida, al menos quedamos en paz con nuestra hambre por un rato. Yo quedé en paz, en realidad, porque creo que el Huesos sufría de hambre crónica: estaba tan poco acostumbrado a comer que, al rato de terminar, ya se había olvidado de lo que era la comida. Supongo que el pobre ni siquiera recordaba la ruta que tenía que hacerle seguir dentro del cuerpo y me temo que, sin la ayuda de un buen mapa, habría sido incapaz de recordar dónde quedaba la salida.

Para coronar ese pacto de amistad, el Huesos me ayudó a desprender el rabo mecánico a fuerza de mordiscones y, si bien tuve que seguir soportando la rosca durante un tiempo más, hasta que se oxidó y quebró de puro vieja, sentí un alivio extraordinario y moví con toda alegría mi rabo diminuto, que me volvía a convertir en persona.

Ese fue el comienzo de una fructífera alianza que nos valió más de una ristra de chorizos, alguna que otra tira de asado, o al menos excelentes porciones de pizza, barras de chocolate y sándwiches de salame.

Con el tiempo fuimos depurando nuestra técnica y alcanzamos una destreza, una velocidad y un sigilo que no puedo menos que llamar admirables, y que pienso habrían hecho la envidia de mi hermana la Manchas, a quien sigo considerando verdadera maestra en este arte. (Y también demostramos, de paso, que los humanos son tan hechizables —y melómanos— como ratones.)

El método era aproximadamente el mismo siempre, aunque variaran los detalles, dependiendo de dónde estaba colgada o almacenada la ambicionada presa y de



quién era el contrincante con el que debíamos medirnos (no es lo mismo un carnicero gordo con una cuchilla en la mano, que un nene de jardín de infantes de la mano de su abuela). El que se aproximaba primero era siempre el Huesos, amparado en su figura casi invisible de puro escueta, que le permitía pasar desapercibido con toda facilidad. Yo, atrás, agachado, apoyando las patas con el mayor esmero, escondiéndome detrás de todo. En cuanto el Huesos veía que ya me había ubicado yo en un lugar conveniente para dar la dentellada salvadora, salía de su anonimato y empezaba a hacerse notar con su famoso candombe enloquecido.

Era un perro bien dotado para el baile y logró desarrollar ritmos nuevos y realmente sorprendentes. Llamaba la atención invariablemente; no había nadie que pudiese sustraerse a la sorpresa, al casi encantamiento que producía ese entrechocar de huesos, ese ágil tableteo desenfrenado. Los más se quedaban prendados de la música y del ritmo, siguiéndolo muchas veces con chasquidos de dedos y con vaivenes del cuerpo y la cabeza, y hasta hubo una vez un muchacho que corrió a su casa a buscar la guitarra. Otros, los menos sensibles a la música o los más prudentes, se ocupaban en clavar esforzadamente los ojos en el sitio donde se producía el ruido hasta detectar algo así como la sombra de un perro extraordinariamente flaco y entonces se alarmaban y comenzaban a hablar de pulgas, piojos y chinches en el mejor de los casos, y, en el peor, de bacterias, de virus y de rabia.

La cuestión es que, por músico o por rabioso, el Huesos siempre sostenía la atención de todos los que rodeaban nuestro improvisado escenario durante un lapso suficiente para permitirme a mí trepar adonde hubiese que trepar, saltar adonde hubiese que saltar y aferrar con

todo cuidado y sigilo el almuerzo que nos habíamos sabido conseguir.

En cuanto me alejaba yo lo suficiente hasta algún escondite, el Huesos interrumpía súbitamente su baile y hacía mutis por el foro sin esperar los aplausos. La gente salía de su hipnosis, hacía algún comentario y regresaba a sus puestos. Tarde, lamentablemente para ellos y felizmente para mí, porque yo ya estaba lejos, tendiendo la mesa como quien dice, esperando a mi compadre el Huesos, —que no tardaba en llegar— con un salamín insuperable, unas tripas blanquitas o alguno que otro menú menos adecuado para nuestras costumbres carnívoras pero de todas maneras bienvenido para gente dispuesta a sobrevivir a toda costa.

Debo decir, en nuestro descargo, que siempre robamos por hambre, nunca antes de que la terrible punzada nos avisara que había llegado la hora, y que, siempre que era posible, tomábamos por asalto alguna carnicería, donde hay que reconocer que la carne sobra, y que sólo en casos de extrema emergencia despojamos de su propia comida a algún humano, mayor o menor, desprevenido.

Se me dirá que podríamos haber recurrido al antiguo método de la mendicidad. No lo hicimos por dos razones, ambas, para mi modo de ver, contundentes. En primer lugar, ni el Huesos, con su desgarmo espeluznante, ni yo, que estaba decididamente roñoso y hasta me temo que con algunas motas de sarna, resultábamos figuras atractivas, de esas que despiertan automáticamente la caridad; ya no éramos simpáticos cachorritos peludos sino perros jóvenes, hechos y derechos, o, mejor dicho, ligeramente torcidos, de esos que, más que caricias, suelen suscitar pedradas. Y, por otra parte, mi experiencia como aspirante a mascota, especialmente en su ardua segunda etapa junto a la tenaz tía Dora, me hacían

desconfiar mucho de las ventajas de la domesticación. En fin, que estaba convencido de que, para conservar la libertad, que a esa altura de mi vida me resultaba ya un olor indispensable, no iba a tener más remedio que arreglármelas lo mejor posible, y solo, con mi hambre.



Capítulo VII

*Donde trabajamos contacto con otros artistas
y yo conozco las delicias del amor temprano.*

LA FIESTA NO DURÓ lo que yo esperaba, y no porque el método que habíamos inventado para sobrevivir no fuera eficaz. Eficaz era, y nosotros lo practicábamos con muy buena técnica, casi como virtuosos. Pero sucedió lo inevitable: el Huesos se deshuesó.

Poco a poco y a costa de fibras, tripas, grasas, cueros y diversos untos, el rastrillo de los flancos se le fue borrando, el pellejo se le rellenó, y comenzó a vislumbrársele algo así como un morro, y después incluso mejillas, barba y bigotes, debajo de los ojos. El hambriento aprendió a comer, y a descomer (porque fui testigo, en más de una ocasión, de que ya era perfectamente capaz de conducir la comida hasta el final de la ruta sin necesidad de consultar el mapa). Fue un cambio lento y, como siempre sucede con los cambios lentos, uno se da cuenta de ellos cuando ya es demasiado tarde, y las cosas son definitivamente diferentes.

Y lo diferente, en este caso, fue el silencio. En una palabra, que lo que antes había sido concierto se nos transformó en pantomima.

Porque un día, un aciago día en que nos aprestábamos a hacer nuestra rutina frente a un barral de donde colgaban nada menos que treinta y dos exquisitos pollos, apenas desplumados, de sus ganchos, el Huesos enmudeció. Quiero decir que, cuando echó a bailar, con buen ritmo, como siempre, no hubo música, ni tableteo, ni

cloquear de huesos, ni retintín de esqueleto. Fue un baile hermoso pero mudo, y no hechizó a nadie. Apenas si hubo alguno que mirara de reojo al que seguramente no les pareció un artista, sino más bien un bicho pulguiento que se rascaba sin vergüenza en medio de la vereda. Y más de uno hubo que no de reojo sino bien de frente miró hacia donde yo estaba. Y al mirarme me vio. Me vio saltar confiado sobre el pollito elegido, que me miraba desde su gancho como diciéndome "soy tuyo". Fue verme y correrme. Y agarrarme. Y apalearme y darme de patadas y de pedradas y de cachiporrazos, y hasta de cuchilladas, creo, si no hubiese por fin logrado zafar de esa selva de patas envueltas en zapatos y correr desesperadamente hasta nuestro refugio del terraplén, aterrado y maltrecho, a lamer heridas y frotar moretones.

El Huesos, que también había recibido su cuota, llegó al rato, desconcertado por la súbita pérdida de sus dotes musicales. Me miraba con la cabeza gacha, no sé si esperando algún reproche. Pero yo no era quién para reprocharle que hubiese atendido tan bien a los reclamos de su hambre. De manera que nos miramos, nos olimos, resoplamos, nos despedimos de los viejos tiempos y comprendimos de una vez por todas que el mundo da vueltas y vueltas como una calesita, y que a veces lo deja a uno patas para arriba, y muy lejos de la sortija.

Al día siguiente, un poco más recuperados de nuestros golpes, empezamos la mudanza hacia otros barrios menos temperamentales y más propicios para los hambrientos.

Caminábamos por el terraplén, y de a ratos por las vías, saltando los durmientes, ansiosos por toparnos con algún ratón, cuis, culebra o sapo (ya que no había heredado yo las delicadezas de mi madre y me sentía perfectamente dispuesto a desayunar batracios).

No sé si nos falló la suerte o nos quedó corta la astucia, pero lo cierto es que no encontramos ningún vivo dispuesto a convertirse en almuerzo. Aunque encontramos, en compensación, muchas bolsitas de plástico, que el Huesos insistía en mordisquear a pesar de su asqueroso olor a nada, un par de latas vacías donde quedaban sepultadas cuatro o cinco arvejas, que se nos dio por explorar y que nos valieron algunas heridas menores, y, afortunadamente, un par de zapatos grandes, con cordones, que, ablandados a fuerza de saliva y de paciencia, resultaron lo más nutritivo de toda la jornada.

Ya llevábamos dos días de marcha cuando de pronto vemos aparecer, por detrás de la alambrada que corría junto al terraplén y que estaba siempre cubierta de campanillas azules, un animal desconocido. Inmenso como un camión, aunque no echaba humo ni rugía. Sin pelos, que es algo que siempre debe despertar recelo; color ratón y más bien apolillado. Con piel de zapato, aunque era evidente que zapato no era porque sabía moverse por las suyas, sin necesidad de tener una pata encima. Tenía ojos, además, que es algo que los zapatos nunca han tenido, y orejas también, abundantes y pantallosas, que nada tenían que envidiarles a las mías. Aunque se ve que el pobre había salido deforme y mal barajado porque de entre medio de los ojos, en lugar de morro, nariz o pico, le salía un brazo redondo y blando como una longaniza gigante, gordo, largo, con dos dedos cortitos en la punta, que subía y bajaba, subía y bajaba (se me hizo que tal vez nos había visto llegar y que, de puro amable, nos saludaba).

Pero no consideramos prudente contestar al saludo, más bien nos aplastamos contra la vía y nos lo quedamos mirando.

Se cansó de saludar por fin y decidió darle mejor uso a

su brazo-longaniza: lo estiró hasta las campanillas del cerco y, con los dos deditos esos que tenía, arrancó una ristra; después enroscó el brazo —con bastante elegancia, hay que reconocer— y se metió las campanillas en la boca (si es que podía llamarse boca esa ranura puntiaguda como un pico de urraca que se le abría y se le cerraba debajo del brazo).

Suspiramos con cierto alivio al comprobar que el pobre grandulón era loco por la ensalada, pero no por eso bajamos la guardia: como perros pobres que éramos siempre fuimos precavidos. Nos alejamos un trecho, agachados siempre, y, en cuanto vimos la ocasión, nos escurrimos por un hueco que había en la alambrada para averiguar si donde se criaban bichos tan grandes también había grandes comidas.

Comida no vimos en un primer momento, pero sí otros bichos tan desconocidos para nosotros como el zapato gigante y, según mi modesto entender, tan pero tan feos que jamás habrían podido conseguir un puesto de mascotas. Había uno, peludo y de cola larga, que de cara me hizo acordar al pequinés de la tía Dora, igualito de chillón, aunque con el pelo más corto y sin hebillas, al que se le daba por caminar en dos patas, haciéndose el humano; se paseaba de un lado al otro arrastrando un balde vacío; cada tanto se sentaba en el suelo, dejaba el balde y se rascaba la cabeza. Para colmo iba vestido con una pollerita a lunares mucho más ridícula que las tricotas que nos obligaba a poner la tía Dora. Los otros tres que andaban por ahí sueltos eran un poco más pasables; parecían caballos, pero seguramente eran cruzados con algún pajarraco, porque tenían un mechón de plumas en la cabeza. Había otro monstruo más, que menos mal que no lo tenían suelto sino metido en una jaula, como si fuese canario, porque se parecía muchísi-

mo a un gato y a mí los gatos nunca me parecieron tipos de confianza.

El Huesos, menos curioso que yo o más hambriento, cruzó decididamente el terreno y enfiló hacia lo que parecía una casa aunque sin ventanas y tirando a blanda. Se ve que era algo retobada la casa esa, porque la ataban con riendas.

Al rato empezaron a aparecer los humanos. Supongo que algunos de ellos habían pasado por manos de la tía Dora porque usaban unas ropas muy extrañas, escarpines, barbas trenzadas y posiblemente también portaorejas. De todos modos no parecieron interesarse por nosotros. Es más: debo admitir, a riesgo de dejar un poco deslucido mi orgullo, que daba la impresión de que ni siquiera nos veían. Por un momento pensé que los dos días de hambruna que llevábamos acumulados ya nos habían vuelto invisibles a los dos. Pero el Huesos se rascó la oreja con mucho entusiasmo y no le sonó el esqueleto, de modo que llegué a la conclusión de que estaban todos muy ocupados y demasiado rodeados de animales apasionantes para prestarles atención a dos perros vagabundos.

Detrás de la casa con riendas encontramos el tacho. El tacho maravilloso. El gran tacho. Lleno hasta el tope de deliciosa basura, y perfectamente alcanzable, no como las bolsas del barrio que acabábamos de abandonar, que estaban siempre trepadas a unos arbolitos de alambre y resultaban tan inalcanzables como ciertos canarios.

No era cuestión de elegir, como en las excursiones carniceras. El tacho era una especie de guiso total, un guiso oloroso, medio tibio porque le había pegado el sol durante todo el día, donde era muy difícil diferenciar un fideo de un piolín o un hueso de caracú de una tuerca. Pero todo estaba cubierto por un juguito más bien oscu-

ro, seguramente muy nutritivo y que, hambrientos como estábamos, nos resultó delicioso. Exploramos con fruición ese mar tormentoso y nuestra devoción tuvo su recompensa: el Huesos encontró dos papas enteras y un pellejo y yo un hueso con cuero y un marlo con cinco granos de choclo.

Nos pareció un barrio apropiado para afincarnos. Y ya no apropiado sino francamente seductor me pareció a mí cuando salió ella, la más hermosa de todas, a olisquear los yuyos.

Era blanquita, lindísima, muy peluda —como a mí me gustan—, con el hocico en punta y los ojos brillantes y las orejas erguidas, en punta también, vibrantes, que se me antojaron el complemento perfecto a mis orejas lacias. Y sobre todo irradiaba un olor maravilloso, que parecía flotar alrededor de ella acompañándola mientras se iba internando por el baldío y llamándome a mí para que me acercara, para que entrara en esa nube perfumada que me prometía delicias nuevas, jamás imaginadas.

Abandoné el tacho, cediéndole con gusto al Huesos el resto del botín y, guiado por mi nariz capitana, me metí yo también entre los yuyos, diciéndome por primera vez en la vida que el hambre podía esperar.

En cuanto me le acerqué noté que no era orgullosa. Se dejó oler. Y aunque hubo un par de veces en que dio vuelta la cabeza mostrándome unos dientes filosos y blancos y después hasta me pellizcó el flanco con ellos, era evidente que no le disgustaba del todo mi pobre compañía.

La perseguí durante un buen rato. Ella se escapaba corriendo hasta algún yuyo lejano, y me esperaba. Me esperaba *a mí*, y eso era lo extraordinario, *a mí* me esperaba, roñoso y sarnoso como estaba. Yo corría hasta donde ella estaba, ella dejaba que me acercara casi hasta

tocarla, y después otra vez corría, y me esperaba.

Entonces me envalentoné. La busqué más decidido. Ella se dejó alcanzar; me di cuenta de que me aceptaba. El corazón me dio un vuelco y todo el cuerpo se me derramó detrás de él. Me trepé a ella entonces, resuelto a apropiarme de ese olor que me volvía loco. Sentí las cosquillas de sus pelos tibios en mi propio vientre, y durante un rato, un rato pequeño tal vez pero también eterno, no necesité nada, nada más que eso que tenía en ese momento, y me olvidé de mi hambre, y de mi pobreza, y de las desventuras que tal vez me aguardaban. Una vez más, como cuando lograba, cachorro, prenderme a la teta rebotante de mi madre, yo era el más feliz, el dueño de toda la felicidad del mundo.



Capítulo VIII

*Donde explico por qué me hice
y me deshice perro de circo*

CUANDO, TODAVÍA UN poco mareado por mi gozosa estadía en el territorio del amor, volví al lado del Huesos, que seguía escarbando las pocas delicias que le quedaban al tacho, la decisión ya estaba tomada: nos quedábamos allí, en ese sitio extraño donde la felicidad parecía estar al alcance de la pata.

No quisimos presentarnos de buenas a primeras a pedir trabajo. Durante un par de días vivimos clandestinos, entre los yuyos, dispuestos a mirar, oír y oler con las orejas tensas, para aprender las reglas de ese juego nuevo.

Cuando ya no quedaban humanos a la vista, tomábamos por asalto el tacho bienhechor. Y un rato después salía la Bella, que así decidí llamarla, a hacer su ronda nocturna muy cerca de nuestro escondite. Yo aprovechaba esas ocasiones para hacer nuevas excursiones al continente del amor, flamante para mí, recién descubierto.

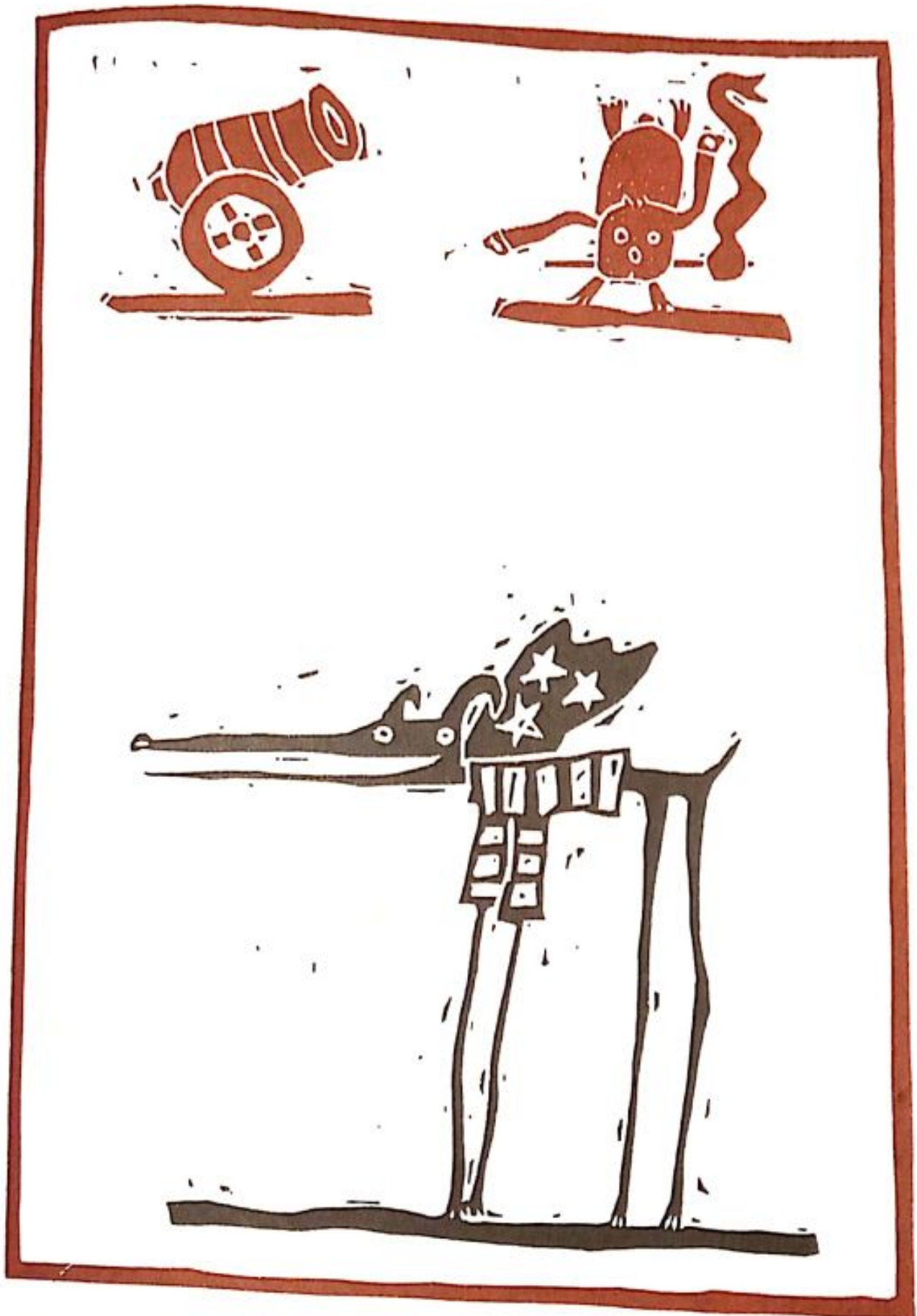
Hubo un par de ocasiones en que también el Huesos hizo algún amago de acercársele a la Bella, seguramente también él seducido por el olor insuperable, pero retrocedió de inmediato en cuanto yo, dispuesto a defender mi bien ganada dicha, le mostré los dientes en lo que no podía interpretarse de ningún modo como una sonrisa. Sin embargo, la Bella no fue motivo de discordia entre nosotros, porque lo cierto es que, para el Huesos, el amor jamás podía ser competencia para el hambre. Para él la

felicidad estaba en el tacho, algunas veces más nutritivo que otras, pero siempre suficiente para aplacar las punzadas que volvían, una y otra vez, desde las tripas.

Durante esos días de observación y disimulo logramos aprender un número suficiente de cosas. Yo, alertado por mis pasadas experiencias junto a humanos, prestaba especial atención a los nombres, sabedor de lo importantes que son para entrar en tratos con ellos. Tres o cuatro días de observación me bastaron para elaborar un glosario mínimo que nos trajo mucho alivio: casa con riendas más monstruos igual circo; zapato apolillado con longaniza en la punta igual elefante; pequinés en dos patas... etcétera, etcétera. En fin, que, concluido el glosario, consideramos que podíamos perfectamente presentarnos a buscar trabajo. No nos parecía difícil... al fin de cuentas éramos artistas.

Según pudimos averiguar casi de inmediato, la Bella, junto con otras dos perras viejísimas y medio peladas, formaba parte de un número de destreza canina, en el que se trataba de demostrar que los perros pueden hacer las cosas exactamente igual que los humanos, cosa definitivamente más probable que lo inverso, pero de todos modos nada sencillo. La Bella, vestida con un traje de tul brillante, hacía equilibrio sobre una soga, mientras sus dos abuelas —porque no podían ser menos que sus abuelas— sostenían con los dientes la cuerda. Una mujer vestida de rojo se encargaba de vigilar que todo sucediese como estaba previsto. Nada más. Nos pareció sencillo.

Nos hicimos notar. Yo, poniendo mi mejor cara de perrito orejudo, y el Huesos haciendo gala de su famosa, aunque silenciosa, destreza candombera. Por fin llamamos la atención. Nos contrataron, supongo que porque temían que las dos venerables abuelas de la Bella estuviesen por abandonar el espectáculo de un momento a otro.



De nosotros dos el verdadero artista siempre fue el Huesos (no hay muchos perros capaces de hacer lo que él con el cuerpo), pero tuvieron la gentileza de contratar-nos a los dos: al Huesos para perro-bala y a mí para perro saludador.

Enseguida nos aprendimos la rutina. Nuestro número constaba de dos partes: primero, la Bella en su acto de equilibrio, y después el Huesos, en su papel de perro-bala, vestido con una tricota a rayas, más bien luminosa, y una capa llena de estrellas, que salía disparado de un cañón dorado colocado en medio del escenario; estruendo, humo, el Huesos que volaba hasta caer en las gradas, y entonces el gran final: platillos, música, y yo, que daba varias vueltas a la arena, caminando en dos patas y llevando una banderita con el dibujo de un sol en la boca.

No es que fuera fácil. Fácil no era: caminar en dos patas me exigía mucho esfuerzo y por lo general quedaba con un terrible dolor en el lomo, y supongo que para el Huesos no sería sencillo soportar el horrible estallido del cañón en plena oreja. Pero nos esforzamos, porque para un perro vagabundo no es tan fácil conseguir empleo. Y lo logramos: la mujer de rojo nos palmeaba la cabeza a cada rato, y nos daba terrones de azúcar en la boca.

Hubo cinco o seis días de ensayos y después el debut, con las luces y el público, que se sentaba a mirarnos en las gradas. No creo faltar a la modestia si digo que fuimos un éxito; nos aplaudieron mucho. El final fue más bien emocionante: todos estábamos contentos, con nuestros terrones de azúcar en la boca, la Bella y yo saltando en dos patas y haciendo reverencias, y el Huesos, cansado pero feliz después de su viaje por el espacio, bajando de las gradas y despidiéndose de sus admiradores con un candombe, mudo, desde ya, pero rarísimo y muy inspirado...

En fin, que todo parecía andar sobre ruedas: nos

llevábamos a las mil maravillas con la mujer de rojo y dormíamos cómodamente debajo de su carromato, comíamos de un plato de lata, sin necesidad de treparnos al tacho (aunque creo que el Huesos extrañaba un poco el juguito del olor indescriptible) y yo podía salir tranquilamente con la Bella a encontrar la felicidad entre los yuyos. Pero el mundo-calesita dio otra vuelta, sobrevino el accidente y descarriló nuestra felicidad, de buenas a primeras.

Y todo porque el Huesos se seguía deshuesando.

Una vez vuelto a la sana tradición de comer todos los días siguió rellinando el pellejo, lenta, imperceptible pero implacablemente, y un día, un par de semanas después de habernos iniciado en ese conchabo, el relleno resultó excesivo.

El número comenzó como de costumbre: la Bella hizo su equilibrio sobre la cuerda, aunque esta vez tuve que sostener yo una de las puntas, ya que la más venerable de las dos abuelas acababa de perder sus dos últimas muelas, y después hizo su aparición el Huesos, con su traje de luces. La mujer de rojo lo metió en el cañón, como de costumbre, encendió la mecha, rugió la pólvora, el público exclamó... Pero el Huesos no voló. Ni cerca ni lejos voló. El pobre había quedado atrapado en el cilindro dorado, que ese día, por primera vez, había resultado demasiado estrecho, y colgaba ahora de una pata, con más de medio cuerpo afuera, quebrado seguramente, asustado y aullando en el dolor.

Le ladré, aullé con él, quise acercarme para lamerle la herida. Pero la mujer de rojo no me lo permitió. Por primera vez noté que no tenía una sino dos manos, y que, si en una tenía terrones, en la otra tenía una púa, larga, feroz, maldita, que me clavó sin piedad en el lomo obligándome a caminar en dos patas y a agitar mi

banderita, mientras sonaban los platillos y la música y los gritos de la gente y los aullidos del Huesos, que un payaso llevaba en brazos fuera del escenario.

Cuando terminó la función le entablillaron la pierna, no demasiado bien, supongo, porque nunca más se recuperó de su renguera, y yo pude por fin ir a oler a mi amigo y a lamerle las tristezas. Me quedé al lado de él toda la noche. Tenía los ojos fijos, opacos, no dormía. La mujer de rojo vino a la mañana a tocarle la pata. Yo le gruñí por lo bajo porque me pareció que esgrimía la mano de la púa.

Nos despidieron a todos. El número ya estaba arruinado: resultaba demasiado caro hacer otro cañón dorado y era imposible imaginar que el Huesos pudiese volver a bailar un candombe de los suyos; por otra parte, supongo que a mí me veían menos manso que antes, y de las abuelas de la Bella había una que ni siquiera era capaz de sostenerse sentada en medio del escenario. La única que conservó el trabajo fue la Bella: la iban a incorporar al número de los Hermanos Anthony, que era muy semejante al nuestro sólo que más peligroso, porque sucedía en el techo de la carpa, por encima de una red muy calada, muy abierta, que podía muy bien sostener a un Anthony, pero que, lamentablemente, era incapaz de atajar a una Bella, si acaso la pobrecita perdía pata allá arriba, cegada por las luces.

Fue una despedida muy triste. Quise convencerla de que se viniera con nosotros, pero no quiso. Se quedó ahí sentada después de la función, con su traje de tul y los ojos fijos en algún punto del aire. Después se levantó y se fue apartando, rumbo a su carromato, y el olor, ese olor maravilloso, inolvidable, el señor de las alegrías, se fue adelgazando y adelgazando en el aire hasta volverse un recuerdo.

Capítulo IX

*Donde me entero del destino que merecen
(merecemos, mejor dicho) los perros vagabundos.*

NOS ALEJAMOS LOS cuatro —las dos abuelas de la Bella, el Huesos y yo— de ese sitio donde hasta unas pocas horas atrás habíamos sido grandes artistas. Íbamos rumbo al terraplén, como siempre, porque es mejor tener un camino que no tener ninguno, y algo nos decía que las vías siempre llevan a alguna parte.

Pero de cuatro que éramos al empezar la caminata, al rato fuimos ya sólo dos, y uno rengo, porque las dos abuelas, agotadas, decidieron quedarse a la orilla del camino, confiando tal vez en que la mujer de rojo terminara por extrañarlas un poco y decidiera venir a buscarlas.

El Huesos y yo no esperábamos nada más ya de ese sitio.

Caminábamos en silencio al principio, pero al rato yo empecé a chumbarle a cualquier cosa que se moviese por ahí cerca. Para decir verdad, ladraba sin ganas, pero suponía que el barullo podía ayudar al Huesos a levantar ese ánimo maltrecho que llevaba arrastrando como una bandera rota por el suelo.

De a ratos caminábamos por entre los durmientes, según nuestra costumbre, pero hubo un percance que nos convenció de que era mejor seguir por los yuyos: se oyó la bocina del tren, temblaron los rieles, yo pegué el salto hacia un costado, pero el Huesos, rengo como

estaba y todavía entablillado, no pudo arreglárselas con tres patas para salir del pozo que se formaba entre los durmientes. Me puse a correr como loco de un lado al otro, ladrándole para incitarlo al esfuerzo. Lo logró por fin, apenas unos segundos antes de que por ese mismo sitio pasasen, filosas, pesadas, severas, las ruedas del tren.

Después de ese episodio dramático nuestra marcha fue más o menos tranquila, pero cada vez más penosa, porque volvió, puntual como siempre, el hambre, y era más difícil que nunca aplacarla. De dos cazadores que habíamos sido, ahora ya no éramos sino uno y medio, o menos aun, si se considera que ya no contábamos con el recurso del hechizo candombero y que nuestra destreza fue siempre más bien escasa. Tuvimos varios encuentros con ratones, gordos y flacos, oscuros y claros, posiblemente melómanos y hechizables pero, lamentablemente, también veloces y astutos, que de ningún modo estaban dispuestos a dejarse caer en nuestras mandíbulas sin recibir al menos algún espectáculo a cambio.

Mermaron las latas, desaparecieron los zapatos y por fin, muy a nuestro pesar, no tuvimos más remedio que abandonar el terraplén e internarnos de nuevo en el territorio de los humanos, con la esperanza de que los vecinos de ese barrio no tuviesen la maldita costumbre de tratar a sus bolsas de basura como si fuesen canarios.

¡Qué barrio, amigo! La calesita volvía a girar, y esta vez sentí que el Huesos y yo andábamos cerca de la sortija, porque caímos en un barrio incomparable, o, mejor dicho, comparable sólo con mis más viejos recuerdos, los recuerdos de mi primera infancia. Aunque con algunas diferencias que primero me sumieron en la confusión y luego avivaron en mí grandes, y tal vez precipitadas, esperanzas.



Yo había sido criado en la idea de que los perros pobres éramos muchos, muchísimos, incluso demasiados, y que la Quinta, en cambio, la maravillosa Quinta, la Quinta de la abundancia, era una sola. Pero en ese barrio las proporciones parecían cambiadas, y resultaba de pronto que había cinco o diez Quintas en una misma cuadra. Todas con sus parques, sus yuyos bien cortados y sus árboles podados en forma de corazón, de trébol, de pavo real, de galletita... Y todas, seguramente, con fondos en los que se alineaban las parrillas atestadas de pollos, vibrantes de chorizos, crepitantes de achuras... Por algún milagro extraño para mí, del todo incomprensible, el paraíso, el auténtico paraíso, se había multiplicado. Y, echando el cálculo de que perros hambrientos no se veían por los alrededores más que dos, a saber: nosotros, comencé a relamerme pensando en la de sobras que podríamos llegar a cosechar. Y más me entusiasmé, y más saliva tragué cuando noté, que, seguramente por efecto de ese mismo milagro milagroso, ¡no había Bestias a la vista!, sino solo mascotas, demasiado gordas o demasiado nerviosas para alcanzar la categoría de peligro.

Nos pasamos la mañana merodeando por la zona, siempre agachados, tratando de pasar desapercibidos, husmeando, explorando ese territorio que esperábamos hacer nuestro para la época del almuerzo. Y, cuando el punzón de las tripas nos dio la hora señalada, comenzamos a acercarnos, prudentes pero en el fondo confiados, a una casa cercada con barrotes negros, bastante espaciados, de donde manaba el característico olor a lo que tanto el Huesos como yo considerábamos nuestro plato favorito: la comida, en cualquiera de sus formas.

No acababa yo de meter una pata y parte del morro por el hueco cuando un aullido taladrante del Huesos y luego un extraño ardor en el cogote y un tirón feroz en la

cabeza me indicaron el final de mi fantasía. Ahorcados, colgados casi de poderosos lazos de cuero que resultaban mucho más imperativos que las blandas correas tornasoladas de la tía Dora, fuimos arrastrados entre aullidos y gemidos a un camión enrejado, donde otros vagabundos, otros caídos del mundo-calesita y otros hambrientos se amontonaban en desorden, con sus pelos, sus pulgas y sus ojos de miedo, sin saber adónde iba a conducirlos la desgracia.

Fue un viaje atroz, en el que yo traté de entretener mi miedo haciendo un registro minucioso de la gran cantidad de olores que había ahí agolpados y el Huesos se la pasó gimiendo y lamiéndose la pata, que había empeorado mucho con la violencia del secuestro.

Cuando entramos a la cárcel el corazón me dio un vuelco tan drástico, tan profundo, que creí que ya nunca iba a poder volver a levantarlo: todo lo que se veía y todo lo que se olía, las jaulas oxidadas, la mugre, el aserrín, el látigo que colgaba del cinturón del carcelero, los perros, tirados en los rincones con el morro entre las patas y los ojos opacos, o lanzándose desesperados contra las puertas de alambre, que chirriaban pero no cedían, cada una de esas señales me anunciaba el final de todo, un mundo vacío y frío, en el que ya ni siquiera tenían sentido el olor de la Bella ni el viejo punzón del hambre.

Nos ubicaron de a dos o de a tres en cada jaula. Me mantuve hasta último momento lo más cerca posible del Huesos, en la esperanza de que nos permitiesen compartir la celda. Pero en ese mundo de terror estaba escrito que no podía quedar en pie ningún consuelo: al Huesos, que renqueaba más que nunca, lo empujaron a fuerza de patadas hacia una jaula más chica, donde quedó a solas y a secas, sin siquiera un mísero tacho de agua. Yo tuve más suerte, supongo; caí con un cachorrito gritón, que

lloraba sin parar, y con un abuelo más bien peludo, bastante sarnoso y con cara de astuto.

No tardé en notar que las celdas de esa prisión se dividían en dos clases: las secas y las mojadas, las que, como la del Huesos, no tenían ni asomo de agua, y las que, como la mía, carecían de todo, pero no de una gran lata donde empapar la lengua. Sentí de pronto un fogonazo de comprensión que me dejó aturdido: las celdas secas eran para los sin remedio, para los definitivamente condenados. Efectivamente, al rato de estar encerrado comenzaron a desfilar las visitas: humanos de distintas edades, hombres y mujeres, a veces con sombrero, otras con botas o con mochilas, que se asomaban a mirarnos en las jaulas; pero solo visitaban las jaulas mojadas; las jaulas secas no recibían visitas. No tardaron en llevarse al cachorrito; se lo llevó en brazos un chico despeinado, que lo acariciaba y lo retaba al mismo tiempo; iba contento el pobre cachorro, moviendo el rabo, feliz con su destino de mascota. A un dalmata altísimo, con la oreja partida, se lo llevó una mujer joven, toda vestida de cuero y que también era alta. Se fueron uno con pinta de collic, un ovejero, dos salchichas rubios, un simil pomerania... Y yo esperaba, sintiéndome partido en dos, dividido.

Una parte de mí estaba en mi celda, junto al abuelo astuto, tratando de imaginar quién podría interesarse en un perro chico, orejudo y sucio, y mi otra parte estaba tirada junto al Huesos, en su celda mínima y espantosamente seca, sintiendo la lengua áspera cada vez más pegada al paladar, y la certeza de que se me iba alejando para siempre la raya luminosa de la vida, de que esta vez la calesita me iba a arrojar tan pero tan lejos que ya iba a ser imposible volver a treparme a ella. Tanto tiempo de compartir venturas y desventuras nos había vuelto al Huesos y a mí casi indistinguibles.

No tuve visitas que se interesaran por mí esa tarde, pero al día siguiente llegó el juguetero (que, dadas las recién bajado del cielo).

En rigor, sólo supe que se trataba de un juguetero bastante después, cuando me fui poniendo al tanto de las características que tenía ese conchabo nuevo que me salvaba de una muerte segura. En el primer momento, fue sólo un señor gordo, redondo como una luna, e igual de pelado, que traía un portafolios en la mano y usaba una corbata llena de pájaros y un saco lleno de botones brillantes.

Supongo que, en materia de perros, era más bien ignorante porque se acercó a la celda, se frotó las yemas de los dedos de la mano derecha frente a mis narices y me llamó con una voz ronca: "¡Mish! ¡Mish!". Yo opté por pasar por alto la inconveniencia —dado que el aprieto en el que estaba no me dejaba mucho margen para el orgullo—, le sonreí lo mejor que pude con el rabo y le dediqué mi mejor cara inclinada de orejudo bueno. Surtió efecto (lo que no deja de ser asombroso porque supongo que mi aspecto general, en el que lo más llamativo eran probablemente las motas de sarna y las salpicaduras de barro, no era precisamente convincente).

—Me llevo ése —le dijo al carcelero y le dio un billete—. Es el más ridículo.

En cuanto me sacaron de la celda, con una correa trenzada que me pareció espantosamente femenina, tiré con fuerza hacia la esquina donde sabía que estaba el Huesos. El gordo se resistió; era fuerte y, tal como me iba a ir demostrando luego, también tozudo. Lo único que pude ver de mi compadre fue la punta del hocico, con la lengua afuera, los ojos fijos en el aire y las orejas gachas. Sentí que la tristeza me cubría entero, como una manta fría, oscura y fea.

Al salir de la prisión pasamos junto al carcelero que estaba recibiendo a un par de visitantes nuevos.

—Vamos, Trux —me dijo el gordo.

Salimos.



Capítulo X
Donde relato algunos de los peligros
que deben afrontar los prototipos.

EN CUANTO ME ENTERÉ de que mi nombre oficial había pasado a ser Trux, volví a experimentar esa especie de desmayo, esa horrible sensación de disminución en nombre propio que había sentido cuando la tía Dora me rebajó de Toto a Lord de un plumazo; mi premonición había terminado por volverse cierta y ahora mi nombre ya era sólo un estornudo. ¿Y qué me quedaba por delante ahora? Silencio y nada. La nada me amenazaba como un abismo y yo sentía vértigo al asomarme; me dije que seguramente la calesita de mi vida había dado demasiadas vueltas y yo me había mareado.

Ya era noche cerrada y también mi alma estaba anochecida cuando llegamos al Galpón donde se iba a desarrollar mi vida como prototipo.

Si la vida como aspirante a mascota tiene sus inconvenientes, no quieran enterarse de lo complicada que resulta la vida de un prototipo. Tampoco quieran saber lo peligroso que puede resultar un juguetero terco, uno de esos que no se conforman con fabricar pelotas, muñecas o sonajeros sino que quieren sacar un juguete nuevo todos los meses, es más: que están dispuestos a convertir el mundo entero en juguete.

No es que me tratasen mal, de ningún modo. Es más, tenía agua, comida más que suficiente, aunque no tan escogida como la de la tía Dora, y un rincón ni caliente ni

frío donde echarme. Pero lo malo eran los prototipos, lo malo era el destino de juguete que tenía yo por delante.

Admito que, cuando entré por primera vez a ese Galpón, yo de juguetes no sabía prácticamente nada. Había decapitado a un par de muñecas, eso es cierto, pero de ninguna manera se podía decir que los juguetes ocupasen un espacio importante en mi vida. Sin embargo hoy me puedo considerar casi un experto. Y no porque mi estadía en el Galpón haya sido demasiado prolongada sino porque mi estrecha convivencia con los odiosos prototipos me bastó para enterarme de importantes pormenores vinculados con la fabricación de juguetes.

En realidad, me pasaba los días rodeado de juguetes. Había juguetes por todas partes. En el centro, cuidadosamente ordenados sobre una gran mesada, estaban los prototipos de los inventos más famosos de mi también famoso juguetero, y en los estantes que había contra las paredes se alineaban copias y más copias de esos mismos prototipos, en distintos tonos y tamaños. Los juguetes se convirtieron en compañeros inseparables, y no me faltó el tiempo ni la ocasión para explorarlos.

Con eso quiero decir que no sólo los miré y los olí, sino que también los lamí y hasta los mordisqueé un poco cuando se presentó la oportunidad. El resultado fue sencillamente desalentador, y confirmó mi vieja teoría de que la de los humanos es una especie desconcertante: eran los juguetes más aburridos del mundo. ¿Cómo podía haber alguien dispuesto a jugar con esas cosas?

Para empezar, ninguno tenía olor, más bien tenían no-olor, una especie de olor a nada que resultaba verdaderamente nauseabundo. Tampoco eran blandos, o crocantes, o jugosos, o pegajosos siquiera, no tenían nada en lo que valiera la pena hincar el diente. Para no hablar del sabor, tan inexistente que ni siquiera le llegaba a los

talones al de los muy poco atractivos dólares al jamón que me había comido yo en la infancia.

Y, para colmo, aunque todos hacían algo —se movían, se hamacaban, escupían, rugían o brincaban—, nada de lo que hacían podía ser de interés o de utilidad para nadie, ni perro ni humano. “Mi pequeño sistema planetario”, por ejemplo, que estaba en una punta de la mesada, consistía en unas cuantas bolitas que daban vueltas y vueltas alrededor de otra bola más grande y más brillante. La bola brillante era más o menos divertida de mirar, pero las otras eran completamente zonzas, monótonas, insulsas, y con las vueltas que daban terminaban por dar también sueño (varias de mis siestas en el Galpón se iniciaron, precisamente, junto a “Mi pequeño sistema planetario”). También estaban “Mi pequeña lustraspiradora”, que hacía un ruido insoportable, “Mi pequeño fax”, que se la pasaba escupiendo papeles (en lugar de chorizos, por ejemplo, lo que lo habría convertido en un juguete mucho más atractivo), “Mi pequeño dinosaurio miope” (que se quitaba y se ponía los anteojos), “Mi pequeño minifón” y “Mi pequeña trituradora” (aunque, para ser sincero de “Mi pequeña trituradora” no puedo hablar mucho porque nunca me le acerqué demasiado).

Pero el peor de todos en mi opinión —y el que más contento lo tenía al juguetero— era “Mi hermanito preferido”, que ocupaba el sitio de honor.

“Mi hermanito preferido” era un verdadero asco.

Está claro que los humanos son francamente menos interesantes que los perros, aunque eso no sea algo que se les pueda reprochar a los pobres; sencillamente no huelen tanto, o, dicho en otras palabras, no tienen tanto para decir como un perro. Pero, con todo, sus olores tienen, y hasta olores muy agradables. Las enruladitas, por ejem-

plo, tenían un olorcito muy interesante que les manaba de detrás de las orejas y del cogote, especialmente cuando habían corrido conmigo por la vereda. Y los pies de la tía Dora también tenían su encanto, aunque ella se empeñase en ocultarlo detrás de un talco más bien inmundito.

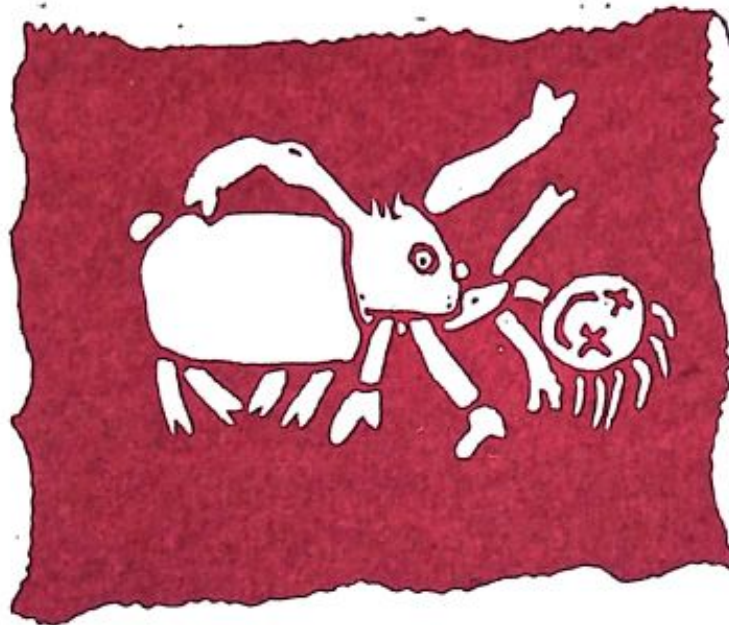
¿Y qué hace un juguetero cuando quiere fabricar un prototipo de un humano? En lugar de imitarle los olores, y mejorárselos, hacérselos más atractivos, más intensos, va y se los hace desaparecer, lo desodoriza, sin darse cuenta de que con eso le arranca todos y cada uno de sus encantos.

“Mi hermanito preferido” estaba total, completa, definitivamente desodorizado. Y eso que contaba con un control remoto que le permitía hacer pis y caca. Pero pis y caca sin olor. ¿Y de qué pueden servir un pis y una caca sin olor, un pis y una caca que ni siquiera son capaces de dejar el recuerdo de uno por el mundo? “Mi hermanito preferido”, además, se reía, lloraba, babeaba, decía ajó y se llevaba la mano a la oreja cuando le venía un súbito dolor de oídos. Pero oler, eso sí que no. Uno podía atacar a dentelladas la botonera del control remoto que “Mi hermanito preferido” jamás nunca iba a hacer algo que tuviese olor.

¡Cómo lo odiaba a “Mi hermanito preferido”! Lo veía ahí, sentado en su cochecito encima de la mesada de honor del Galpón, con su cara de plástico liso, y sentía que se me revolvían las tripas. Porque “Mi hermanito preferido” era el cuerpo de la amenaza: al fin de cuentas, ya había oído decir en varias oportunidades que Trux —es decir yo— también debía ser un prototipo.

La de noches que me desperté gimiendo en medio de mis pesadillas, imaginando que venía un ejército de jugueteros con cara de luna dispuestos a bañarme y a

frotarme hasta la náusea, hasta arrancarme el último, el más pequeñito de mis olores, y después a multiplicarme por mil, por diez mil, por cien mil, por millones de Trux (que ya ni siquiera podían recordar que habían sido un día Orejas, Totos, Lords y perritos saludadores) y que se alineaban con cara de idénticos en los estantes.



Capítulo XI

*Donde explico las razones por las cuales
no tuve más remedio que recurrir a la violencia.*

Y A DIJE QUE LOS primeros tiempos, pesadillas aparte, fueron en cierto modo livianos. Mi trabajo era sencillo: consistía en quedarme lo más quieto que me fuera posible encima de un tablero, soportando que el juguetero y sus cuatro técnicos me midiesen de arriba a abajo, no sólo el largo de las patas, la alzada o las orejas sino también el rabo, el morro, las uñas, las pestañas y el pito.

Noté que iban registrando todo lo que medían en una planilla y confieso que sentí cierta inquietud. Recordaba perfectamente lo mucho que la había desilusionado a la tía Dora el día de mi primera inspección y temía que mis proporciones los desilusionasen también a ellos. Una desilusión de mi juguetero podía terminar de tres modos diferentes según mis cálculos. Uno: podía suceder que el juguetero sencillamente me expulsara del Galpón y me invitara a retomar mi vieja vida de vagabundo (que era, sin duda, la mejor alternativa). Dos: podía suceder que me devolviese a la cárcel (donde ya no iba a encontrarme con el Huesos y posiblemente ni siquiera con el abuelo astuto). O tres —y ésa era la alternativa más temible—: podían utilizarme como carne de cañón, como víctima de ensayo (había que tener en cuenta que “Mi pequeña perforadora”, “Mi primera silla eléctrica” y “La bomba H bun-bun” eran prototipos que estaban en plena elaboración).

Sin embargo, no los desilusioné en absoluto. Y aprendí que hay gustos para todo y que mientras algunos humanos aspiran a perros irreprochables y heroicos, hay otros que se inclinan más bien por los risibles.

La etapa de las primeras medidas terminó, y los días que siguieron fueron tan serenos, tan tranquilos, que yo empecé a fantasear con que tal vez mi tarea ya estuviese concluida, y a decirme que, si tenían la delicadeza de seguir trayéndome agua y comida, era sencillamente porque habían simpatizado conmigo. Pero no. La vida de un prototipo es ardua y suele terminar en forma violenta.

Me enteré de que yo estaba llamado a ser "Trux, mi mascota preferida".

Era un dato para tener muy en cuenta: dado el famoso asunto de los hombres y los nombres, significaba que no estaba destinado a ser un prototipo más sino uno de los favoritos, un prototipo principal, y que ya tenía reservado un lugar de honor en la mesada principal junto "Mi hermanito preferido". Supongo que, en otras circunstancias, eso debería haberme henchido de orgullo, pero mi experiencia con los humanos —que a esta altura de mi vida era suficiente, y aun considerable— me empujaba irremediablemente hacia la desconfianza (una desconfianza que, a la postre, resultó justificada).

Pronto supe que mi camino estaba lleno de espinas, de baches y de latas oxidadas. Estaba escrito que si ser mascota no era moco de pavo mucho más arduo era ser un Trux, o al menos un Trux a gusto del juguetero.

Al parecer, es mucho lo que se espera de una mascota, o, en todo caso, muchísimo más de lo que se puede esperar de un hermanito. Porque si bien alcanzaba con que un hermanito preferido hiciera pis y caca, se riera, llorara, dijese ajó y sufriese de otitis, un perrito mascota —es decir, Trux, yo mismo— tenía que ganarse en forma

menos sencilla la preferencia. En pocas palabras: mi botonera —porque también tendría botonera propia— debía responder a los siguientes comandos, a saber: “Trux estornuda” (el más incómodo), “Trux hace pipí” (el más ridículo) y los otros tres (que voy a denominar sencillamente crueles): “Trux camina para atrás”, “Trux tiene miedo” y “Trux se hace el muerto”.

Mi trabajo consistía, por supuesto, en hacer de modelo. El prototipo debía ser una copia exacta de mi persona (aunque convenientemente desodorizada, por supuesto), de modo que se trataba de que yo estornudara, hiciera pis, caminara para atrás, tuviera miedo y me hiciese el muerto. Y no una sino varias veces, muchas veces, innumerable cantidad de veces, para que los cuatro técnicos en animación de prototipos tuviesen ocasión de captar cada milímetro de mis movimientos.

Con el fin de estimularme en mi tarea, el juguetero trajo al Galpón una serie de elementos que pasaré a denominar a partir de ahora mis instrumentos de tortura.

Para empezar, la pimienta. Cubrió el Galpón de pimienta; en el piso, sobre la mesada, adentro de los prototipos había pimienta. Los bolsillos del delantal de “Mi abuelita cuentacuentos”, las tripas de “Mi enanito desarmable”, la palanca de “Mi primera compactadora” estaban llenos de un polvito impalpable que en un primer momento me pareció una verdadera bendición en ese sitio desprovisto de olores, pero que después del vigésimo quinto estornudo, cuando los ojos me empezaron a chorrear y el hocico me empezó a arder como una brasa, se reveló como lo que era: un invento infernal.

Para que hiciese pis de manera más pintoresca trajeron al Galpón un arbolito, de plástico también el pobre, y lo menos estimulante que un perro pueda imaginar. Pero, considerando que la pimienta me obligaba a tomar

varios litros de agua por día, no tuve más remedio que aceptarlo como pareja y desahogarme junto a él con cierta frecuencia. Pero ¡qué tristeza, amigo! ¡Qué aburrimiento! Hacer pis es para un perro una actividad decididamente emocionante, creativa, fantasiosa incluso, que lo va llevando a uno de un sitio a otro, y le permite explorar, husmear, y elegir dónde dejar apenas un par de gotas, donde chorrear finamente, donde derramar un chubasco. Pero hacer pis se convirtió, ahí adentro, en una verdadera tristeza. Tan, pero tan triste que debo confesar que, una vez cerrada esa molesta etapa de mi vida, me llevó cierto tiempo recuperar la alegría de mear el mundo.

Pero aunque estornudar fuese molesto y hacer pis fuese triste, de ningún modo podían compararse con las otras tres pruebas, que se realizaban juntas, y que eran decididamente feroces, dolorosas e imperdonables.

Está claro que para el juguetero no había nada más importante que el prototipo, que nada lo apartaba del camino al prototipo, aunque ese camino estuviese sembrado de angustias.

Instalaron en medio del Galpón una plancha de metal brillante, bastante ancha, que lo cruzaba de lado a lado y que inevitablemente se interponía en mi camino a la comida. Esa plancha se convirtió para mí en la boca del infierno.

El hambre me punzaba, como siempre, y veía las tiras de falda jugositas, los medallones de caracú que parecían llamarme desde el otro lado del Galpón. Acudía, fiel, a la llamada. Y ahí era cuando se echaba la suerte: a veces era el cielo y otras veces el infierno. En ocasiones, cruzaba la plancha sin problema rumbo a mi felicidad, pero otras veces —y era imposible anticipar cuándo— bastaba que pusiese una pata en la plancha

maldita para que me atravesase el cuerpo algo así como una jauría de Bestias al galope, un chorro de urracas que me clavaban los picos en la carne, todas al mismo tiempo, un tren que me taladraba los pulmones, el corazón, el cerebro y se convertía sin permiso en la sangre de mi cuerpo. No puedo asegurarlo, porque no eran momentos en los que yo pudiese mantener en alto mis pensamientos, pero es probable que esos dolores feroces e intolerables me hiciesen temblar, caminar para atrás (con el fin de alejarme de ese infierno) y, por fin, cuando el dolor llegaba al punto más alto, morir. Morir casi, y no hacerme el muerto, como decía la botonera. Morir directamente, quedar tirado, rígido, con el corazón palpitando como una bomba enloquecida y los ojos abiertos y fijos, porque hasta los párpados se me habían endurecido de terror.

Comencé a alimentar un gran rencor contra mi juguetero, un fuerte deseo de venganza. Lo veía llegar, con sus cuatro técnicos, con su cara de luna y sus corbatas de pájaros y sentía un deseo enorme de castigarlo. Era el culpable de que yo hubiese perdido, en ese espantoso encierro, la alegría del pis y la dulce felicidad de satisfacer el hambre.

Me dediqué a juntar rabia, a vigilarlo y a esperar el momento.

Y el momento llegó. El mundo-calesita dio otra vuelta y tuve la ocasión de zafar de esa vida insoportable y de cumplir, a la vez, con mi revancha.

Fue una tarde (fresca, según pude enterarme después). El juguetero entró al Galpón muy apurado, corrió a la mesada, agarró con una mano el prototipo de "Mi pequeña perforadora" y con la otra el de "Mi primera silla eléctrica" y pasó a mi lado sin verme. Pero yo sí que lo vi. Y lo oí, y lo recordé y sentí que mi pobre dentadura, que no me había servido de gran cosa en mis empresas

cazadoras de la infancia de pronto se preparaba para dar un golpe certero. Le atrapé la pierna al vuelo, hundí con alegría mis cuatro colmillos en esa carne dura y sentí casi enseguida un olor dulzón y un saborcito que jamás olvidaré mientras viva.

Solté la presa y salí por la puerta entreabierta, diciéndome que, al fin de cuentas, mi botonera no tenía cinco sino seis botones: "Trux estornuda", "Trux hace pipí", "Trux camina para atrás", "Trux tiembla", "Trux se hace el muerto"... y "Trux muerde".



Capítulo XII

*Donde queda comprobado que la soledad,
a veces, puede ser peor que el hambre.*

SALÍ Y CORRÍ. CORRÍ otra vez, sin norte y sin dirección, con el solo propósito de encontrar algún sitio donde ya no tuviese que seguir pensando en huir y pudiese detenerme a pensar en hacia dónde encaminar mi vida.

No había portaorejas esta vez, ni correa tornasolada, ni rabo mecánico. Y la ausencia de todas esas cosas, que bien habría podido considerarse una ventaja, sólo servía para recordarme otra ausencia: la del Huesos.

Tirado en un terreno baldío, junto a una planta de hinojo, con el hocico hundido entre las patas, me acordé una vez más de mi amigo, arrancado a los tirones de la calesita, arrojado para siempre fuera del mundo. Y el recuerdo me atravesó de lado a lado el pellejo; fue como si "Mi pequeño taladro" me hubiese atacado de repente, hundiéndose en mi cuerpo y abriéndome un agujero negro hasta el fondo del alma.

No tenía rumbo ni método ninguno. No sabía cómo iba a conseguir comida, ni dónde iba a pasar mis días, y tan desganado estaba que ni siquiera las dulces matas de yuyos que me rodeaban me incitaban a descargar el pis con alegría.

Cuando el hambre pinchó (porque mi hambre es infaltable, ya lo dije, y ni siquiera en los momentos más tristes se me ausenta) me puse en marcha. Anduve por

muchas calles. Escarbé basura. Comí pedazos de grasa tristes y fríos. Y, cuando creía que ya nada podía llegar a interesarme, la calesita dio otra vuelta y recuperé de repente, como en un estallido, la emoción de la vida.

Me atraparon.

Y no fue un lazo esta vez, fue un perfume. Por un momento creí que podía tratarse de la Bella, ya que los vahos me traían recuerdos de mis amores tempranos. Pero no. Olí con fuerza, me llené del olor y descubrí que allá en el fondo había un no sé qué de diferencia, algo áspero e inesperado que me llenaba de fantasías. No era la Bella, era la Negrita, como decidí nombrarla de inmediato. Negra como yo. Más negra todavía, con el pelo espeso y brillante que le caía en grandes mechones ondulados sobre las patas, y un aire vagabundo y valiente que enseguida mereció mi aprecio.

Cruzó la calle. Y yo también crucé, como es debido. Se alejó y la seguí. La perseguí con entusiasmo durante cuadrasy cuadrasy. Se metió por el hueco de un alambrado, y yo, como corresponde, tras ella.

Apenas si me detuve a mirar el paisaje: era un terreno sin árboles, con dos camionetas y varias montañas de frascos; me pareció tan bueno como cualquier otro para una cita de amor, incluso mejor que muchos. Se detuvo y me miró. Me le acerqué, la olisqueé despacio: algo me dijo que no le resultaba del todo indiferente. Se volvió a alejar y yo a buscarla. Era burlona, alegre, me gustaba mucho. Me dispuse a recuperar la felicidad al menos por un instante. Pero apenas habíamos comenzado nuestro juego cuando nos topamos con dos hombres vestidos de blanco que nos cortaron el paso y nos echaron las mantas.

Capítulo XIII

Donde entramos a formar parte del Laboratorio de la Belleza Eterna y a mí me acecha el destiempo, que no parece pero es un gran peligro.

NOS LLEVARON POR EL aire envueltos en las mantas, ciegos, y cuando volvimos a tocar tierra y a revisar el mundo con los ojos, estábamos en el Laboratorio de la Belleza Eterna, como pude enterarme poco después (y gracias, una vez más, a mi cuidado por prestar la debida atención a ese juego endemoniado de los nombres que se empeñan en jugar a todas horas los humanos).

Un laboratorio donde se fabrica belleza eterna no es demasiado diferente de un galpón donde se fabrican prototipos (aunque, según se verá, también tiene su parecido con un circo); hay mesadas de mármol, estanterías y técnicos vestidos con guardapolvos. Sólo que en las mesadas, para mi gran alivio, no había ni rastros de “Mi hermanito preferido”, sino más bien cocinitas y muchos objetos de vidrio: frascos, jarros, botellas y tubitos finísimos, también de vidrio, por los que corrían algunos jugos espesos haciendo burbujas (eso me tranquilizó bastante porque jamás oí decir que los objetos de vidrio fuesen especialmente nefastos para los perros).

Del otro lado de las mesadas estaban las estanterías donde, en una primera ojeada, logré identificar: un manojo de alcauciles (la tía Dora los preparaba deliciosos con salsa de hongos), dos ratoncitos enjaulados, un pedazo de carne bastante abombada (que podía ser muy bien un hígado de vaca) y una maceta con ¡berro! (para mí

gran deleite). Además de ver, olí, y lo que olí me hizo saber que esta vez no había caído en el desodorizado reino del plástico. Todo lo contrario: en el Laboratorio de la Belleza Eterna, gracias al cielo, abundaba el barro podrido.

Sólo que no nos habían traído a ese sitio a la Negrita y a mí para disfrutar de ciertos olores emocionantes sino más bien para colaborar activamente en la producción de lo que ahí se producía, es decir, la belleza eterna que, como quedará luego demostrado, puede ser tanto o más ardua de fabricar que un prototipo.

Con respecto a los técnicos, las diferencias también estaban a mi favor: eran tres y no cuatro como en el maldito Galpón y, ya se sabe que, en materia de humanos, cuanto menos mejor; son una especie que cae pesada si se la consume en grandes dosis. Dos hombres —uno peludo y otro sin pelo— y una mujer con cara de pomerania pero con anteojos, que en un primer momento me pareció bastante razonable, ya que por lo menos se tomó el trabajo de acercarnos un tacho con agua y hasta de echarnos una rascadita de orejas. Me dije que tal vez fuera un conchabo soportable, aunque había un detalle que no podía menos que resultarme alarmante: los habitantes del Laboratorio de la Belleza Eterna no se habían preocupado por ponernos nombre; éramos el macho y la hembra, así, a secas.

A la Negrita la perdí antes de terminar de encontrarla. Se la llevaron directo al Departamento de Champúes, Tinturas y Enjuagues, según oí decir. A mí me tenían reservado, parece ser, otro destino; me quedaría allí mismo, en compañía de los alcauciles, los hígados de vaca, los ratones y los berros, para ensayar las cápsulas del destiempo, que en un primer momento creí que servían para controlar la lluvia, pero que, según pude

deducir luego, más bien eran capaces de regresarme a mis primitivas épocas de cazador de tetas.

Me alojaron en un depósito, en una jaula decididamente incómoda, que tuvieron el mal gusto de apilar encima de otra donde había un pajarraco con un pico que habría despertado la envidia de las urracas del ombú y que no encontró mejor diversión que meterlo por entre las rejas de su jaula para pincharme las patas cuando estaba de pie o alguna otra zona aún más humillante cuando me echaba.

Ese primer día y dada la escasa iluminación del terreno, sólo logré identificar al pajarraco ese y a una familia de ratones gordos, sin cola, que vivían al lado y que se pasaron la noche chillando como enloquecidos. Me dormí pensando que volvía a ser prisionero y que lo que me convenía era aguantar y mantenerme alerta hasta que algún descuido me permitiese recuperar la libertad perdida.

Estaba ya casi dormido, aprovechando que mi vecino de abajo se entretenía picoteando los alambres de la jaula en lugar de mi trasero, cuando, en medio de esa noche carcelaria, pero olorosa al menos, oí un cloc cloc y luego otro cloc más que venían de otra habitación lejana y que me hicieron recordar ciertas escenas inolvidables de mi primera adolescencia.

Al día siguiente comenzaron las experiencias.

Al pajarraco y a mí nos tocó compartir la misma mesada y pude notar, con gran alegría, que sería él, mi torturador nocturno, y no yo, el primero en soportar las cápsulas del destiempo.

A la primera ojeada me di cuenta de que las cápsulas del destiempo eran, si no más, al menos tan peligrosas como algunos prototipos. Más aún: era evidente que lo

que contenían era peligro puro en forma de líquido espeso y oloroso, porque los técnicos se ponían guantes antes de agarrarlas, y porque no las desenroscaban, como a cualquier frasquito inofensivo, sino que directamente las degollaban con un serrucho.

El pajarraco los miraba hacer sin manifestar demasiado temor, con lo que quedó confirmada mi teoría de que se trataba de un perfecto imbécil.

Lo untaron de la cabeza a las patas con ese menjunje, que, aún para alguien como yo, que gusta de las emociones fuertes, resultaba excesivamente nauseabundo. Al principio pareció que nada importante iba a suceder, sólo que las plumas le quedaron brillosas y pegadas al pellejo. Pero al rato, ¡jamigo!, el bicho se transformó en un auténtico número de circo: empezó a echar plumas nuevas, cientos de plumas, chicas, grandes, de distintos tonos; la cabeza, sobre todo, que era el sitio donde había caído el chorro principal del jugo de la cápsula, parecía una fuente de plumitas y plumones; le salían a chorros y después se le caían. Y meta emplumar y desplumar, hasta que la mesada entera se llenó de plumas y yo mismo, que estaba ahí al lado, esperando mi turno, empecé a parecerme a una gallina.

El pobre pajarraco, al que ya le estaba disculpando yo las molestias y hasta empezaba a tomarle simpatía, primero empezó a chillar, después a croar como una rana y por fin a piar como un pollito; tenía los ojos redondos como naranjas y el pico abierto, y al rato cayó redondo sobre la mesada, duro, con las patas estiradas.

Se ve que la triste historia del pajarraco terminó por conmover a mis técnicos porque discutieron algo entre ellos y me volvieron a meter en mi jaula.

Al rato me trajeron un hueso de lo mejor, realmente apetitoso, que devoré con gran alegría, aunque admito

que también con cierto dejo de sospecha: pensaba si no sería, como el azúcar que nos daba la mujer de rojo, el pago —anticipado en este caso— por algún número de circo.

Pero decidí no pensar demasiado en mi desgracia y me concentré en mi hueso; me dije que las alegrías eran livianas y efímeras como las plumas y que lo mejor era atraparlas al vuelo y sin demora. En el momento en que metía el colmillo en el caracú y sorbía la deliciosa médula volví a oír el lejano cloc cloc que me hacía más llevaderas las desventuras.



Capítulo XIV

*Donde sufro lo mío pero después
tengo mi recompensa.*

AL DÍA SIGUIENTE ME tocó a mí ocupar el sitio de honor en la mesada. Habían barrido las plumas pero no por eso habían logrado hacer desaparecer el recuerdo de ese pobre compañero de desgracia que no sabría decir si murió emplumado o desplumado.

Tal como me lo veía venir, eligieron el rasgo más notable de mi anatomía: mis orejas. Pero fueron algo más tacaños conmigo: no vaciaron en ellas sino media cápsula y es posible que esa escasez me haya terminado por salvar la vida. Porque lo que me sucedió a partir de ese momento es tan difícil de describir como el propio nacimiento.

Mis orejas, algo más pesadas que de costumbre en un primer momento, porque el ungüento era pegajoso y denso, empezaron a vivir sus propias aventuras, independizadas de mí y sin embargo perfectamente adheridas a mi cabeza, según su costumbre. Vibraban, temblaban, cosquilleaban, se sacudían, ondeaban, se enroscaban como caracoles y aleteaban como pajaritos. Y, para colmo, no parecían llevarse bien entre ellas (cosa que me sorprendió mucho, ya que siempre las había tenido por buenas compañeras). Aunque decir que no se llevaban bien es poco, en realidad parecían disfrutar con contrariarse: la derecha no estaba dispuesta a seguir a la izquierda, y a la izquierda se la veía muy decidida a demostrar que la derecha no le hacía la menor falta.

Comenzó entonces un baile orejil insoportable del que yo sólo podía ser un pobre y sufrido espectador.

Cuando se alzaban en el aire locamente, con un gesto que jamás les había obligado yo a hacer en sus épocas de humildad y obediencia, me dejaban completamente desguarnecidos los oídos, por los que se colaban ráfagas frías y secas, más desagradables aún que las que me había obligado a tolerar el portaorejas. Pero no acababa de desear yo, con lágrimas en los ojos, que volviesen a descender a sus posiciones naturales, cuando bajaban de golpe y en forma de cachetazo, se me aplastaban contra la cabeza y después avanzaban sobre el morro hasta asfixiarme. Para colmo, solía suceder que mientras una de ellas estaba ventilándose en las alturas, la otra se me aplastaba empecinadamente contra el oído hasta volverme sordo, con lo que yo no sabía qué desear, si que bajasen o que subiesen, porque no estaba acostumbrado a desear cosas diferentes para mis dos orejas.

Al rato, a la derecha se le ocurrió tironear hacia su lado: se estiró en toda su largura —que, según pude observar de reojo, era considerablemente mayor de lo habitual— y me obligó a seguirla con mi cabeza. Pero la izquierda, que había resultado una oreja increíblemente caprichosa, hizo lo suyo, y empezó a tironearme en la dirección contraria. La cabeza se me bamboleaba de un lado al otro desenfrenadamente, el mundo se me convirtió en hamaca, y yo sentía que mi cogote estaba a punto de darse por vencido. En ese momento me acordé —no sin cierta compasión, les aseguro— de aquella primera muñeca que degollé en casa de las enruladitas, cuya cabeza, peinada a lo setter, si mal no recuerdo, quedó, en su agonía, colgada apenas de un hilo.

Sin embargo, el suplicio llegó a su fin. Mis orejas, tal vez agotadas por sus primeros avances sobre el mundo,

terminaron por serenarse y regresaron a casa; se durmieron, al parecer, y volvieron a colgar amablemente de sus antiguas perchas.

Yo también estaba exhausto, de modo que me permití echarme sobre la mesada y meter el morro entre las patas, diciéndome que, si mis partes empezaban a tener esas exigencias, iba a terminar por desarmarme como un rompecabezas.

Los técnicos seguían ahí a mi lado, anotando en una planilla vaya uno a saber qué señales. Me habría gustado complacerlos para que me dejaran en paz de una vez por todas, pero ni siquiera sabía, en esta oportunidad, qué era lo que esperaban de mí o de mis orejas.

Respiré hondo, me dispuse a aguantar y me quedé mirando cómo uno de ellos colocaba los alcauciles en una taza gigante y después los golpeaba ferozmente con un martillo. Me dije entonces que había destinos peores que el mío y que, si bien a los perros nos iba de regular para abajo en el mundo de los humanos, al menos nos iba mucho mejor que a los alcauciles.

Al parecer, la sesión del día había concluido, porque me volvieron a meter en la jaula y me llevaron rumbo al depósito que hacía las veces de hogar y cárcel.

Y fue entonces cuando mi corazón pegó tamaño brinco que temí que también a él se le diera por lanzarse a la vida independiente. Por el pasillo que conducía al depósito de jaulas comenzó a flotar ese olor inconfundible que me borraba de golpe todas las tristezas. Era la Negrita, no podía confundirme.

Pero miré bien, y lo que vi me dejó desconcertado: de la otra punta del pasillo y en dirección adonde estábamos yo y mi portador, la que avanzaba era una jaula con un bulto flaco, más bien claro y sin pelos, que tal vez fuera

un congénere, pero que no podía, de ningún modo, ser la Negrita. Y, sin embargo, el olor era claro: no mentía.

Me puse de pie, clavé los ojos. Sabía que mi ocasión de enterarme de la verdad era breve, que sólo podía durar lo que duraría el cruce por el pasillo entre los dos portadores y las dos jaulas. El olor se hizo más fuerte, más seguro, me hacía tambalear el recuerdo. Clavé los ojos en la jaula hermana. Era perra la que iba adentro, no podía engañarme en eso, y tenía unos ojos, un gesto, una mirada, que tampoco me engañaban: era, tenía que ser, mi querida, la Negrita, la que me habían arrebatado un instante antes del amor. Pero iba tan cambiada la pobre, tan despojada, tan triste. Toda su cabellera hermosa, esos mechones espesos y ondulados que le colgaban como lluvia sobre las patas habían desaparecido. Sólo quedaba el cuero, claro, tembloroso (hasta me pareció avergonzado), y un mechón negro, apenas, sobre la cabeza. Tenía un ojo cerrado y una herida bastante visible en una de las orejas.

Le eché un ladrido; quise que supiera que la había conocido, que, a pesar de todo, seguía siendo ella, ella y su olor, que tanta felicidad me prometían. Me miró también ella y movió la cola, y no sé si fue ella o los alambres de las dos jaulas que al pasar se entrechocaron, pero me pareció oír algo así como un gemido.

Esa noche el depósito de jaulas volvió a unirnos. No me hacía falta la luz para saber que estaba conmigo, que por alguna razón técnica que yo desconocía, había dejado de ser útil en el Departamento de Champués, Tinturas y Enjuagues y había entrado a formar parte de nosotros, los del Destiempo. Nos separaban tres familias de ratones, dos culebras, un sapo y unos cuantos barriles llenos de un barro con aroma a verdín, pero igual, creo, estuvimos cerca.

Aventuras y desventuras de Caslperro del Hambre

Me acosté en mi jaula y descansé. Me sentí un poco más animado: sabía que, tarde o temprano, llegaría la ocasión de liberarnos. Cerré los ojos. Me estremecí. Sentí que un temblor incontrolable me recorría el cuerpo y por un momento temí una nueva insubordinación de mis orejas. Pero no. Todo estaba en paz. Me quedé dormido.



Capítulo XV

*Donde pierdo un sapo
y recupero algo más que un recuerdo.*

AL DÍA SIGUIENTE, continuaron los ensayos. Los elegidos fuimos yo y el sapo. El sapo mucho más nervioso que yo, porque era su primera experiencia. Hinchaba el buche como un globo. Croaba. Saltaba de una punta a la otra de la jaula. Tosía. Sacaba la lengua buscando moscas inexistentes. Yo, en cambio, me mantenía tranquilo: había notado que en el Laboratorio de la Belleza Eterna no quedaba demasiado espacio para la rebeldía; lo mejor era conservar la calma y aguardar que la calesita, en una de sus habituales volteretas, terminase por ayudarnos a zafar de ese encierro.

Todo el mundo sabe que los sapos se ponen insoportables cuando están inquietos, de modo que no me sorprende que los técnicos hayan terminado por irritarse con tantos saltitos y morisquetas. Opino que fue eso, precisamente, la inquietud del sapo, lo que los decidió a elegirlo como primera víctima de sus experimentos. Amí me dejaron para después. Y eso me permitió asistir a uno de los espectáculos de circo más espléndidos que se pueda uno imaginar, aunque haya desembocado, lamentablemente, en una catástrofe, como de costumbre.

El sapo sí que tuvo su dosis. Degollaron cinco (¡cinco!) cápsulas de destiempo y las volcaron en un gran frasco. Después agregaron otro líquido, más claro y un poco menos aceitoso, y revolvieron la mezcla con un palito. A continuación agregaron un sapo. Mi sapo. El sapo que, al menos

mientras durase la mañana, estaba indisolublemente ligado a mi vida por compartir la misma mesada de la desdicha.

Y ahí empezó la función.

El sapo se puso a chapotear —algo contento incluso, creo— en lo que tal vez le recordara a un charco. Pero enseguida comenzaron a sucederle cosas.

Para empezar, se le achicaron los ojos. Eso no me pareció mal en un primer momento porque los tenía, para mi gusto, demasiado grandes. Pero enseguida se le achicaron también las patas de adelante, y eso ya no me pareció tan bien: no creo que tener patas tan desparejas pueda considerarse una ventaja. Supongo que el sapo tampoco estuvo de acuerdo con el acortamiento, porque pareció ponerse muy nervioso y empezó a agitar sus manitos en el menjunje ese como si quisiese convencerlas de que volverían a alargarse. Pero es evidente que el método no daba resultado: se le siguieron achicando. Mucho, muchísimo, se le achicaron. Tanto que de pronto lo miré bien y vi que ya no tenía más manos. Y ahí fue cuando me di cuenta de que, para compensar, se le había estado alargando la cola.

Era fabuloso. Yo asistía a todos esos acontecimientos extraordinarios —que mi ubicación en primera fila me permitía observar hasta en los menores detalles—, y me sentía realmente deslumbrado. Suponía que en cualquier momento iba a estallar la música del circo con sus platillos y sus trompetas. Recordé mis épocas de artista, cuando me paseaba por la pista en mi papel de perrito saludador y me dije que la mujer de rojo habría dado cualquier cosa por incluir a un sapo como ése en su espectáculo.



Para completar el número, al sapo se le borró del todo la sonrisa y se le empezaron a achicar las patas de atrás, y al rato ya parecía mucho más una especie de pescado gordo que un sapo. Y después un pescado sin ojos. Y después un gusano gordo, con cola en forma de piolín, que nadaba por ese mar de destiempo. Después ya ni gusano fue, de tan disminuido que estaba. Empezó a ponerse redondo, redondo, y cada vez más redondo y más chiquito y más transparente. Y por fin desapareció, se hizo punto y después nada, apenas una onda que seguía agitando el menjunje del frasco.

Entonces ya no me pareció tan entretenido lo que estaba sucediendo. De pronto me sentí muy solo en el mármol de mi mesada: mi compañero de función me había abandonado; en el escenario ya no quedaba sino yo, el perro, y no quería imaginar siquiera la de cápsulas de destiempo que me tendrían reservadas.

Dejé de mirar el menjunje y miré a los técnicos: parecían entusiasmados. No digo que movieran el rabo, porque eso es algo que los humanos nunca han sabido hacer como es debido, pero pegaban saltos y se golpeaban las manos.

De pronto, mientras yo me preguntaba si valdría la pena quedar sepultado para siempre en la nada del tiempo a cambio de volver a sentir por un instante la alegría de un cachorro prendido de la teta de su madre, siento que levantan la jaula, sin siquiera tomar la precaución de colocarle la traba, y me devuelven a mi depósito, donde podría, por fin, sentarme a meditar y a planear cuanto antes nuestra huida.

La Negrita me ladró una bienvenida al pasar. Y yo también le ladré, aunque más me habría gustado olfatearla.

Al rato estaba yo descubriendo que la jaula, sin traba,

podía llegar a abrirse si ponía en eso suficiente esmero y paciencia, cuando volví a oír ese cloc cloc otra vez, sólo que esta vez mucho más cercano, como si viniese del pasillo o de la zona del destiempo, y no de los fondos del edificio, como antes.

Casi enseguida oigo que abren la puerta del depósito y meten otra jaula (recuerdo que pensé: traerán otro sapo). Alguien dice:

—Lo mandan del Departamento de Adelgazantes; ya no les sirve.

Cierran la puerta otra vez. Quedamos en silencio. A oscuras. Olfateo ansioso el aire, pero sólo el olor de la Negrita me llega, como siempre: intenso. Entonces se empieza a oír, primero suave y lento, después más agitado, melodioso, vibrante, definitivamente candombero, ese cloqueo, ese tableteo, ese retintín que había sido inconfundible para mí en una etapa de mi vida y que ahora, de pronto, después de tantas desdichas, volvía a ser mucho más que un recuerdo.

Ladré con entusiasmo, aullé casi. Del otro lado me respondió el ladrido de la Negrita y al lado, casi encimado, el ladrido escueto, un poco ronco, que caracterizó siempre a mi amigo, el Huesos.

Me sentí mareado, con vértigo, nauseoso: la calesita había girado de repente hacia el otro lado. No podía explicarme nada. ¿Cómo había sobrevivido mi amigo a la cárcel en la jaula seca? ¿Quién lo había rescatado? ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Por qué volvía a entrechocar los huesos? Tensé las orejas en un esfuerzo desesperado por entender esa pirueta que nos había hecho la vida. El corazón me galopaba. El hocico me latía. Me temblaba el cogote. Ladré. Gemí. Me revolví en mi jaula.

Graciela Montes

Hasta que por fin me serené y pude sentir alegría. Y ya no me importó no entender nada: lo único importante, y lo único que sabía con certeza es que ahora éramos tres y no dos a liberarnos.

Capítulo XVI

*Donde queda comprobado
que la ocasión es flor de un día.*

PASARON DOS, TRES O más días sin que nos sacasen del depósito. Agua teníamos, nos traían comida de tanto en tanto y, por nuestra parte, nos mandábamos los mensajes necesarios para no sentirnos demasiado solos ahí adentro.

Pero por fin nos llevaron al laboratorio. A los tres juntos. Para ellos éramos los tres perros, a secas, como siempre: dos machos y una hembra (sólo nosotros sabíamos quiénes éramos y qué esperanzas teníamos puestas en el mundo).

Cuando apoyaron las tres jaulas sobre la mesada pude observar a gusto a mis compañeros y supongo que también ellos me habrán observado.

Noté con alegría que la Negrita estaba empezando a recuperar su negrura, aunque en forma salteada y muy despareja. El pelo le volvía a brotar, pero sin ton ni son, donde se le antojaba y de a ratos, y como resultado de eso la pobre tenía el cuerpo tan lleno de penachos negros que más que perra parecía surtidor o plumero. Pero tenía los dos ojos bien abiertos y su mirada burlona de costumbre.

El Huesos estaba flaco, muy flaco, como en sus primeras épocas, casi invisible, puro perfil, aunque también a él le brillaban los ojos debajo de las orejas voladoras. Me di cuenta de que estaba más rengo que nunca porque, de sus cuatro patas delgadas como hebras de lana, sólo tres apoyaban en el piso de la jaula.

Por mi parte, me imagino que les habrán llamado la atención mis muy desarrolladas orejas. Efectivamente, estaban más largas que antes (especialmente, creo, la izquierda) y tenían una fuerte tendencia a enredárseme entre las patas. Eso me obligaba a caminar con la cabeza muy erguida (en un gesto de orgullo que, francamente, me quedaba grande), e incluso llegué a pensar si no acabaría por hacerme falta el famoso portaorejas.

No estábamos igual, pero éramos los mismos. Podíamos reconocernos y eso ya era una forma de contento. Los tres, como tres zonzos, esperábamos el suplicio y, sin embargo, movíamos la cola.

Me imagino que fue esa alegría nuestra la que terminó por convencer a los técnicos de que podían confiar en nosotros. Supongo que les parecidos perros sensatos, solícitos, amistosos, dispuestos a colaborar como el que más con la belleza eterna. De modo que nos sacaron a los tres de la jaula y nos colocaron sobre la mesada de mármol. Fue una felicidad volver a olisquearnos, aunque no quisimos dar rienda suelta a la alegría: no era el momento de intimar; era el momento de mantenerse tensos, esperando que la calesita pegase por fin el envión y diese su vuelta.

Las cápsulas del destiempo estaban en uno de los estantes, junto a un manojo de berro. Me pregunté cuántas nos dedicarían: al fin de cuentas un perro es bastante más que un sapo. Sacaron siete. Como siempre, las degollaron. Volcaron el aceite nauseabundo en un balde. Agregaron más líquido. Revolvieron con un palito. Mis compañeros miraban sin recelo, con esa absurda confianza que mi especie insiste en depositar en los humanos. No era mi caso: yo conocía muy bien el final de la receta; sabía que en cualquier momento comenzarían a agregar perros y tenía pánico de convertirme en ingrediente.

Entonces sucedió otra vez lo que un día me había parecido una verdadera señal, una especie de milagro: el Huesos se puso a bailar. Bailó su famoso candombe enloquecido. Bailó genialmente, como lo que era: un verdadero artista. Pude comprobar con gran satisfacción que ni el paso del tiempo ni su importante cojera habían conseguido empañar en lo más mínimo el esplendor de esa música rítmica y contagiosa con que había deslumbrado siempre a su auditorio, y que ahora, montada sobre tres patas, me pareció incluso más inspirada que antes. Tan feliz me puse de que mi amigo hubiese sido capaz de recuperar su vieja destreza que estuve a punto de desaprovechar la dulce ocasión que el giro de la calesita nos ponía ahí nomás, delante de los hocicos.

Una ojeada apenas me alcanzó para constatar que los técnicos en belleza eterna no eran menos hechizables que los ratones: seguían el ritmo con la cabeza y revolvían al compás el menjunje del balde. Empecé a pensar que era posible que lo que nos había significado en un tiempo un buen almuerzo pudiese valernos, en este caso, una mejor huida.

Me alarmé un poco cuando noté que también la Negrita resultaba hechizable. Estaba rígida, atenta, encantada con el concierto, y me costó un poco convencerla, con empujones y hasta algún tarasconcito cariñoso, de que las ocasiones son flores que duran poco, que enseguida se marchitan.

Pegamos el salto, los tres al mismo tiempo. Chocamos contra el balde. Lo hicimos tambalear. Se agitó el menjunje. Nos salpicó apenas al Huesos y a mí, la empujó a la Negrita. El segundo salto nos acercó a la ventana, que, para completar la ocasión flor, estaba abierta.

Con el lomo golpeé la estantería, se agitaron las cápsulas del destiempo. Se tambalearon. Cayeron. Gol-

pearon contra otros estantes. Se rompieron sin necesidad de que nadie les serruchara el pescuezo. Se derramaron los jugos sobre la escena que nosotros ya estábamos dejando atrás. Oí gritos primero y después unas palabras mal dichas, algunos ruidos gangosos, y después un berrido muy parecido al que le salía de adentro a "Mi hermito preferido" cuando le apretaban el botón del dolor de oídos. Después nada.

En un santiamén atravesamos el terreno que yo había considerado propicio para una escena de amor entre los frascos. Nos aguardaba el mismo hueco en el cerco. Salimos. Seguimos corriendo. Corrimos. Corrimos. Corrimos.

Capítulo XVII

Donde la Negrita disminuye y por poco se nos pierde de vista a fuerza de estornudos.

Seguimos corriendo sin detenernos ni por un momento, con el exclusivo afán de alejarnos todo lo posible de la belleza eterna, y no porque nos disgustase la hermosura sino porque habíamos notado que resultaba demasiado costoso mantenerla eternamente en alto.

Al comienzo, la Negrita llevaba la delantera (era una excelente corredora); detrás iba yo, malgastando parte de mis energías en mantener la frente en alto para no tropezarme con las orejas, y último el Huesos, ágil como siempre, pero obligado, por su renguera, a desarrollar un estilo muy particular, mezcla de carrera y saltito, que no dejaba de resultar musical y hasta vistoso, pero que reducía mucho su velocidad promedio. Un rato después pasé, sin demasiado esfuerzo, a la vanguardia. Y seguí corriendo sin parar, que es lo que debe hacer siempre un fugitivo.

Habíamos recorrido ya un trecho muy largo cuando noté que la Negrita nos había abandonado. No sólo dejé de oír su carrera, de por sí muchísimo más silenciosa que el cloqueo persistente del Huesos, sino que ni siquiera me llegaba su olor, y eso sí que era alarmante.

Frené de golpe la carrera y me volví para mirar lo que sucedía en la retaguardia. El Huesos estaba a pocos metros, pisándome casi los talones, pero la Negrita, en cambio, estaba muy lejos. Se la veía muy chica, realmen-

te diminuta, y dudé que tanta pequeñez fuese sólo efecto de la distancia. Me pareció algo torpe, además; corría con entusiasmo, pero sin elegancia y sin ritmo, a veces hacia adelante y otras veces hacia un costado o hacia el otro.

El Huesos se detuvo a mi lado y nos quedamos los dos quietos mirando el fondo de la calle por donde correteaba, cada vez con menos decisión, cada vez más titubeante y veleidosa, nuestra compañera de fuga.

Dudé. Pero dejé de dudar cuando vi que se detenía de pronto en mitad de la carrera y empezaba a torear a una hojita seca que se le había cruzado en el camino. Y a chumbarle con furia. Y a empujarla con el morro. Y a dar vueltas y más vueltas alrededor de ella. Era imposible seguir dudando: la Negrita, como el desdichado y desaparecido sapo, había vuelto a la infancia.

Corrí hasta donde estaba, temiendo que, igual que su antecesor, terminara por disolverse en el aire, y que en el sitio sólo quedase, al llegar yo, la hoja seca y acaso una brizna, un leve resabio del olor inolvidable. Pero no. Estaba ella, muy alegre, burlona como de costumbre y bastante peludita, llena de penachitos negros, pero decididamente cachorra, tropezándose sobre unas patas demasiado cortas todavía y demasiado gruesas, mordisqueando la hojita, alejándose de ella a los saltos, y desafiándola después a puro chumbido, para ver si la hojita era valiente y también se animaba a mordisquearla a ella. En fin, cosas de cachorros.

Supongo que no hará falta que mencione mi desconcierto, ni el del Huesos, que se vino enseguida a contemplar el espectáculo ese que nos deparaba el destiempo. Éramos dos perros adultos y, si bien conocíamos algo del mundo y mucho del hambre y nos habíamos visto obligados a desempeñar diversos oficios, jamás habíamos estado en el brete de tener que encargarnos de una



crianza. Nuestra especie es más bien tradicional en ese punto; siempre hemos considerado que los cachorros son asunto de perras, no de perros. Con eso quiero decir que, si el achicado hubiese sido el Huesos —o yo mismo—, seguramente la Negrita habría sabido qué hacer de nuestras vidas, e incluso es probable que no lo hubiésemos pasado del todo mal con el viraje. Pero no era nuestro caso. Mucho me temo que nuestro instinto de madre era flojo, tendiendo incluso a inexistente. De modo que, cuando la Negrita —que de cachorra resultaba diez veces más juguetona que de adulta— empezó a brincar a nuestro alrededor, a metérsenos por entre las patas y a colgarse como una garrapata de mis infinitas orejas —que ya bastante me pesaban sin la ayuda de pendientes— me empecé a preocupar. Lo miré al Huesos con desolación diciéndome que, si ya sin prole resultaba difícil conseguir sustento, ahora, con un crío auestas, nuestra supervivencia podía llegar a convertirse en una empresa imposible.

No era cuestión de dejarla abandonada a su suerte, por supuesto. Al fin de cuentas había sido cautiva de la belleza eterna, como nosotros mismos. Y no sólo cautiva sino también cautivante, según recordaba yo perfectamente, dueña del olor más estupendo que pueda un perro enamorado imaginarse. Y, aun cuando ahora su olor fuese apenas un recuerdo, no convenía olvidar que las cachorras crecen y que se hacen perras y que, si, tal como yo suponía, la Negrita había concluido por fin su viaje por el destiempo, sólo cabía esperar que diese media vuelta y recomenzase su crecimiento. Con lo que, tarde o temprano, acabaría por recuperar su tamaño y ese olor por el que yo me sentía capaz de dar la vuelta al mundo.

La cuestión era saber cómo arreglárselas entretanto.

Por el momento, la Negrita era una cachorrita, y una

cachorrita bastante difícil de manejar porque no parecía capaz de quedarse quieta ni por un instante ni de dirigir su camino hacia una meta: brincaba de aquí para allá y de allá vuelta para aquí en el más completo desorden.

El Huesos no parecía demasiado preocupado; se echó en medio de la calle y pareció más dispuesto a descansar del esfuerzo y a soñar con futuros candombes que a diseñar algún recurso con qué resolver nuestros problemas, de manera que quedé encargado de capitanear la emergencia.

En lo inmediato lo único que importaba era alejarse cuanto antes de la belleza eterna y la cuestión era convencer a la Negrita de que nos siguiese a la carrera y sin distracciones. Se me ocurrió que tal vez, si echaba yo a correr en el preciso momento en que ella se me prendía con los dientes de la oreja, podíamos llegar a hacer algunos buenos progresos, aunque fuera en desmedro de mi ya mi abusada anatomía. Y en eso estaba, planeando estrategias desesperadas, cuando de pronto se oye un poderoso estornudo. Un estornudo que no parecía de perro sino más bien, y que el cielo me perdone, de elefante (eso siempre y cuando los elefantes estornuden, cosa que no puedo atestiguar puesto que no conocí sino uno en toda mi vida y jamás lo vi resfriado). Un estornudo realmente poderoso. Y la Negrita que se va volando como una pelotita por el aire, sin remedio y a una velocidad inalcanzable.

Echamos a correr tras ella como locos, temiendo que la violencia del lanzamiento hubiese terminado por regresarla al peligroso territorio de la belleza eterna. Eso nos obligó a ovillar de nuevo varias calles que ya habíamos desovillado en nuestra huida —con el consecuente desperdicio de energías—, pero por fin la encontramos, caída en medio de un ligustro, enredada entre

las ramas y gimiendo y berreando, como sólo saben gemir y berrear los cachorros.

El ligustro era áspero, antipático y lastimaba el morro, según pude notar cuando me metí a rescatarla. A ella, en cambio, la sentí muy tibia y muy tierna en la boca, y escondí los dientes detrás de los labios para no dañarla.

Cuando la deposité en el suelo, creyendo que lo peor había pasado y dispuesto a frotarme el morro con la pata para desprenderme una espina que se me había clavado, veo que le tiembla la punta del hocico, señal de que se acercaba un nuevo estornudo.

Tuve entonces el fogonazo de una idea y la certeza de que había que actuar de inmediato. La recogí con los dientes del pellejo del cogote y le hice dar media vuelta en el aire, obligándola a apuntar con la nariz hacia la región de la belleza eterna. Me daba cuenta de que sus estornudos podían llegar a ser una buena forma de locomoción, siempre y cuando se los despachase en la dirección contraria. Afortunadamente el método dio buen resultado, y al rato ya estábamos los tres de vuelta en el sitio de donde nos había hecho partir el primer estornudo.

Dos estornudos más y llegamos al cerco del terraplén, donde por fin nos sentimos salvados, y más que salvados cuando notamos que había algunas espléndidas enredaderas para protegerse del sol y que junto a las vías corría una cañada no muy profunda pero suficiente para calmar a tres sedientos.

Capítulo XVIII

*Donde comemos poco pero
soñamos mucho.*

EN ESO ESTÁBAMOS, bebiendo agua algo barro-
sa pero de buen sabor, jadeando y recuperando el
aliento, cuando veo que la Negrita se mete decididamen-
te entre las patas del Huesos, alza la cabeza y abre la
boca buscándole una teta.

El Huesos es un perro manso, pero digno, y nunca ha
tolerado los abusos de confianza. Se ofendió muchísimo.
Apartó a la Negrita con un gruñido que no dejaba lugar
a equivocaciones, se echó boca abajo y ahí se quedó, con
la panza bien apretada contra los yuyos, los ojos cerrados
y el morro hundido entre las patas, decidido a no dejarse
humillar más por una cachorra insolente.

Pero la Negrita no se daba por vencida: le empujaba
los flancos con el hocico y lo arañaba con la pata. Cuando
llegaba el gruñido, se apartaba y retrocedía un poco, pero
después volvía al ataque por el otro flanco.

Yo, en cambio, que no podía menos que recordar mis
épocas de búsqueda infructuosa de la teta, la miraba
hacer con cierta simpatía y hasta con respeto. Me daba
cuenta de que la pobre estaba en un callejón sin salida y
condenada a un futuro más negro aún que su nombre,
porque, si a mí me había resultado difícil alcanzar la
meta por exceso de hermanos, ya no difícil sino práctica-
mente imposible le iba a resultar a ella encontrar el
premio que buscaba en regiones tan áridas como las
nuestras.

De modo que me acerqué y le di un par de lengüetazos, que era todo lo que podía darle; recordaba bien que habían significado un gran consuelo en mis antiguas épocas de seca.

En ese mismo instante, el reloj de mis tripas volvió a sonar, riguroso como siempre, y sentí la vieja punzada que me había ido empujando de un sitio al otro en la vida. Bastó que le echara una ojeada al Huesos, que ya se había puesto de pie y husmeaba el aire con desconsuelo, para darme cuenta de que estábamos bien sincronizados y que también él la había sentido. Era el hambre, que volvía, como siempre, y cada vez éramos más los hambrientos.

Comenzó entonces para todos, pero muy especialmente para mí, por razones que expondré a continuación, una época muy agitada, llena de trajines, atareadísima, que se prolongó durante algunas semanas y hasta bien comenzado el frío.

Nuestro deber principal era, por supuesto, cumplir con el hambre, sólo que en esta oportunidad no parecía tan sencilla la tarea. En primer lugar, nos veíamos obligados a concurrir de a uno y no de a dos, como antes, a los asaltos. Y eso debido a que la Negrita exigía vigilancia permanente; en parte porque tenía cierta tendencia a extraviarse detrás de la primera lagartija, abrojo o chingolo que se le pusiera delante, pero sobre todo por la cuestión de los estornudos portentosos, que, aunque menos frecuentes, de todos modos seguían afectándola de tanto en tanto y que era necesario orientar con mucho esmero.

Los asaltos solitarios son más peligrosos, menos fructíferos y definitivamente más aburridos que los asaltos en pareja, pero, con todo, habrían resultado al menos tolerables si nos hubiésemos podido turnar en la tarea

con el Huesos. Sin embargo, tal como estaban dadas las cosas, recayeron exclusivamente en mi persona. Porque la cuestión es que la Negrita, aunque se iba adaptando, poco a poco, a otro tipo de alimentos, nunca abandonó su vieja ilusión de conseguirse una madre, y bastaba que el Huesos se pusiese de pie para ir de cacería para que ella lo siguiese a los saltos, con la esperanza manifiesta de atrapar eso que el Huesos de ningún modo estaba dispuesto a prestarle. Estos afanes de la Negrita obligaban al Huesos a vivir echado; comía echado, ladraba echado, gruñía echado y se ponía de pie exclusivamente para desahogarse entre los yüyos cuando estaba bien seguro de que la Negrita dormía.

Por otra parte, habíamos anclado en un barrio muy magro, en el que lo que menos abundaba era la comida. Había casas que sacaban a la calle unas bolsitas de basura miserables que muchas veces no contenían más que un carozo y seis o siete pelusas. Eso me obligaba a recorridas larguísimas y muchas veces infructuosas y a tolerar meriendas bastante menos escogidas que las que habíamos sabido conseguir en nuestra temprana juventud.

No creo exagerar si digo que mi vida como niño fue tan esforzada por lo menos como mi vida de mascota. Me levantaba muy temprano, abandonaba nuestro refugio —un hueco cubierto de enredaderas, muy cerca de la cañada— y salía de cacería. Aunque tal vez cacería sea una palabra demasiado prestigiosa para aludir a mis menesteres. Porque, si bien traté de hacer honor a la especie lo mejor posible y jamás me negué a perseguir a cuanto ratón y culebra se me cruzase por el camino, ni las ocasiones eran muchas ni era mucha mi destreza. De modo que, por lo general, debía contentarme con hurtar, recoger o trasladar a nuestro refugio cualquier cosa que me pareciese no ya apetitosa sino sencillamente nutritiva.

va y más o menos digerible. Como las recorridas eran largas y el botín escaso —y a veces tenía que dedicar varias horas del día en buscar a la Negrita que se nos perdía por el terraplén después de algún estornudo mal orientado—, terminaba por ir y venir del terraplén al barrio y del barrio al terraplén innumerable cantidad de veces, sin juzgar demasiado lo que traía entre los dientes, a punto tal que ya más que perro parecía, creo, una urraca.

Amontonaba sin pensar durante todo el día y después, a la tarde, nos dedicábamos a descubrir los pocos trozos aprovechables que había en esa pila de desperdicios. Era un método cansador, poco eficaz y decididamente desprolijo, pero me sirvió, sin embargo, para descubrir algunos recursos novedosos, que me permito enumerar en beneficio de los hambrientos que puedan estar leyendo esta historia. Las latitas de betún, por ejemplo, son una merienda sabrosa; tal vez excesivamente crocante, pero de corazón jugoso y muy nutritivo. Un trozo de pan duro o de galleta vieja mezclado con algo de pasta dentífrica resulta una golosina casi insuperable. Los restos de crema de afeitar, las cáscaras de papa o el hollejo de naranja mejoran mucho si se los mezcla con un poco de barro. Los trapos no son tan secos como uno se imagina, es sólo cuestión de gastar en ellos suficiente saliva. Y recomiendo especialmente los zapatos: son sustanciosos, buenos de digerir y entretienen mucho.

Pero, con todo, estábamos bastante desnutridos y nunca lográbamos dormir al hambre, aunque la arrullábamos lo mejor posible para que no chillase. Cada tanto festejábamos el milagro de un hueso o de unos recortes de milanesa, y el resto del tiempo aceptábamos de buen grado cualquier cosa que fuera capaz de serenarnos las tripas.

La ventaja de este tipo de dieta es que favorece mucho la actividad de los soñadores. Cuanta más hambre tiene uno más lindos son los sueños que se fabrica. Después de una tarde muy hambreada, en la que sólo había logrado tragar un trozo de piolín, que navegaba solitario como un naufrago por el vacío mar de mis tripas, tuve un sueño verdaderamente extraordinario.

Soñé con el rey de los osobucos.

Aclaro que el osobuco es mi corte favorito. No sólo porque es sabroso y tierno sino porque es ameno, lleno de emociones, porque se deja morder y mordisquear de muchas maneras y reserva en el centro, como un tesoro, ese caracú maravilloso que es miel del paraíso para los perros. Y el de mi sueño no era sólo sabroso y tierno sino enorme. Inmenso. Infinito. Yo volaba por el aire montado en mi osobuco, feliz, seguro de que nunca más me iba a faltar comida.

Con sueños como esos se tolera mucho mejor el hambre.

No puedo asegurar que el Huesos y la Negrita hayan atravesado por fantasías parecidas porque los perros no tenemos por costumbre contarnos intimidades, pero doy fe de que los vi jadedear en sueños muchas noches, y mover la cola con indecible alegría.

Capítulo XIX

*Donde se produce el milagro de las salchichas
y después viene el frío a ayudar al hambre.*

EL MILAGRO DE LAS salchichas fue un alto en el eterno camino del hambre, aunque también tuvo, para el pobre Huesos, algunas consecuencias indeseables. Me permito narrarlo porque fui testigo presencial y beneficiario inmediato.

El camioncito de las salchichas —en rigor, de las salchichas y las hamburguesas—, se detenía siempre frente al bar de la estación. Yo interrumpía mi eterna tarea de acarreo de desperdicios y me quedaba el rato mirando cómo descargaban esas cajas llenas de gloria. En parte porque el de la comida siempre resulta un espectáculo muy estimulante, y, en parte, porque tenía la secreta esperanza de poder recoger alguna que otra migaja de toda esa abundancia, del mismo modo en que, en el amanecer de mi vida, me quedaba junto al Tigre para aprovechar los restos de leche que se le escurrían por el morro.

Ya está visto que la vida no sólo da muchas vueltas, sino vueltas impensadas a veces, raras, bruscas, llenas de tropezones. Y eso fue lo que sucedió con mis salchichas (que así corresponde nombrarlas a partir de ahora). El humano del camión y el humano del bar se trenzaron en una pelea. Primero ladraron, después movieron los brazos en el aire y por fin se revolcaron en el suelo como perros rabiosos. Y las cajas quedaron ahí, en el suelo, medio ladeadas, abiertas, al alcance de mi morro, que no

podía dejar de temblar el pobre al oler tanta sabrosura. Comencé a acarrear paquetes de salchichas de a dos, de a tres o de a uno, como podía, hasta el refugio, que afortunadamente estaba muy cerca. Cuántas no sé: hay ocasiones en las que prefiero no malgastar el tiempo en contabilizar las alegrías. Fueron muchas, eso sí, muchísimas. En lugar del habitual pilón de desperdicios terminé por acumular a la entrada del refugio una maravillosa montaña de salchichas, prolijamente envueltas en inmundos plásticos, pero fácilmente rescatables del encierro.

Mis compañeros me recibieron con un contento y una admiración que me terminaron de entibiar las tripas. Fue un festín grandioso, inolvidable. Comí como nunca, porque nunca es tan rica la comida como cuando llega justo después del hambre. La Negrita, deslumbrada frente a esas delicias carniceras, se consoló definitivamente de su eterno destete, al punto que, a partir de ese día, dejó de perseguir con sus requerimientos al Huesos.

Pero el que más comió fue el Huesos. Comió infinitamente. Comió demasiado. Aunque no fue precisamente por exceso de salchichas que terminó por caer enfermo, sino más bien por exceso de envases. El Huesos tenía un horrible vicio: el plástico. Habían sido tan largas y tan crueles sus hambrunas, que esa cosa vacía, muerta, con gusto y con olor a nada, le parecía un acompañamiento delicioso. De modo que se comió las salchichas con su envase, que masticaba prolijamente, poniendo los ojos en blanco, y después tragaba, supongo que no sin cierto esfuerzo.

Pagó muy caro su vicio. Esa noche lo oí gemir entre los yuyos, esforzándose por descomer, por donde mejor se pudiera, lo que antes había comido. Y luego se echó en el rincón más protegido de nuestro refugio y no se puso de pie sino hasta varios días después, a pesar de que la

Negrita no volvió a manifestar el menor interés por sus regiones bajas.

Lamentablemente, las salchichas llegaron a su fin, y con ellas se nos terminó el milagro. De modo que el hambre volvió al ataque. Y, para colmo, se alió con el frío, y entonces sí que estuvimos a punto de perder para siempre la pelea.

El hambre era enemiga vieja, conocida; atacaba todos los días y en horario fijo. Pero el frío nos atacó a traición y de improviso. De pronto, un día, el sol ya no pareció calentar como antes. Y desde entonces la cañada empezó a amanecer dura de escarcha. Al principio nos amontonábamos debajo de la enredadera para entrar en calor, pero a los pocos días la enredadera nos abandonó: se le fueron cayendo las hojas y al final quedamos tan desnudos como siempre. El aire que se colaba por entre las ramas finas era tan frío que nos obligaba a cerrar los ojos y a hundir el morro entre las patas. Yo sentía más que nunca el peso de las orejas, que se me llenaban de agujas de hielo en las puntas. El Huesos, convaleciente de su banquete plástico, seguía echado, y tan triste que era difícil recordar que algún día nos había hecho deleitar con sus candombes.

Por fortuna, la Negrita estaba algo más crecida y bastante más peluda. No sólo se le habían multiplicado los penachos sino que le estaban creciendo también algunos de esos mechones ondulados y sedosos que yo tanto recordaba. Pero, con todo, seguía teniendo grandes regiones de su piel desnuda y temblaba mucho. Recrudescieron los estornudos, que acarreaban siempre muchos inconvenientes, aunque la estornudadora estuviese ahora más crecida y fuese capaz de regresar sola del sitio hacia donde la disparaba el estallido.

El frío se envalentonó y siguió apretando. Se nos

enroscaba en el pescuezo como un lazo de hielo, nos aplastaba los huesos, nos trituraba los pelos. Hasta que por fin un día, después de una noche de viento feroz y punzante, amanecemos con los párpados y las uñas congeladas y creímos que ya nunca más íbamos a poder volver a mirar el mundo de frente ni a ponernos de pie para ladrarle a una mosca.

El Huesos irguió la cabeza, pero no se puso de pie, y al rato volvió a aplastarse contra el suelo, como si estuviese decidido a huir del frío con el sueño. La Negrita estornudó, se alejó unos cuantos metros y no tuvo ánimos para regresar al refugio. A mí las orejas me pesaban tanto que levantar la cabeza me parecía una empresa poco menos que imposible.

Entonces sentí que estábamos por llegar al fondo del barril, que ésta podía ser la última voltereta de la vida, y comencé a ladrar.

Ladré y ladré, como si con eso pudiese hacer girar hacia el otro lado la calesita. Y seguí ladrando. Y al rato también ladró la Negrita y vino corriendo de donde estaba para ladrar conmigo. Y un momento después también el Huesos se ponía de pie con esfuerzo, en tres patas temblequeantes, y se nos unía con su ladrido ronco y hueco.

Capítulo XX

Donde queda demostrado que los humanos son mucho mejores cuando vienen sin cabeza.

NUESTROS LADRIDOS SONABAN con mucha fuerza porque el terraplén se había convertido en un sitio muy silencioso últimamente.

Se trataba de un silencio nuevo, sospechoso, inquietante. En los primeros tiempos no sólo estaba el ruido periódico y siempre sorpresivo del tren sino, además, una especie de ronroneo permanente, un ronroneo hecho de aletear de alguaciles, de zumbiar de moscas, de vibrar de chicharras y de tintinear de ranas. Pero eso había sucedido en otros tiempos, cuando la tierra estaba tibia y la enredadera llena de hojas. Ahora el frío nos condenaba al silencio. En cuanto terminaba de pasar el tren, rugiente como siempre, haciendo estremecer los rieles y abanicando los yuyos, sólo quedaba el silencio, un silencio duro, vacío y chato, que se nos pegaba como el barro de la cañada en el pellejo.

Cuando él llegó, estábamos en lo mejor de los ladridos.

Que anduviera en dos patas nos preocupó bastante, pero nos tranquilizó un poco el hecho de que viniera sin cabeza. Traía puesta ropa humana, toda llena de botones, pero no se la ataba con cinturón sino con una soga, de la que colgaban una ollita bastante grande, dos bolsas y tres latas. Se agachó y empezó a juntar ramas. Yo dejé de ladrar y lo observé con atención; el Huesos siguió ladrando un rato más y después se calló; volvió el silencio.

El descabezado hizo su pila de ramitas, y las encendió. Al comienzo era un fuego diminuto, que parecía siempre a punto de apagarse. Lo abanicó con un pedazo de chapa que encontró tirado. Por fin consiguió lo que quería. Las ramas empezaron a chisporrotear, y debo reconocer que daba gusto escucharlas en medio del silencio.

Nosotros estábamos en realidad muy cerca de él, pero al parecer no nos veía. Me dije que probablemente no tuviese con qué vernos, dada su manifiesta ausencia de cabeza. Pero me equivocaba. Después de calentarse las manos junto al fuego durante un buen rato, las llevó hacia el sitio de los botones, abrió una grieta en la ropa que lo cubría y sacó por el agujero una cabeza peluda y bastante completa, con ojos, nariz y boca, aunque sin rastros de orejas.

Yo le había visto hacer ese truco a la tortuga del jardín de la tía Dora, pero de ninguna manera me pareció tortuga el que amaneció por ese agujero. Había algo en su mirada que me hacía brotar sospechas. Y las sospechas, apenas brotadas, florecieron en certidumbres: alzó la cabeza, nos vio, nos miró detenidamente y largó uno de esos ladridos finos y restallantes que ellos llaman carcajada. No cabía la menor duda: era un humano, para desgracia nuestra.

Erguí lo mejor que pude mi cabeza, a pesar de que las orejas me empujaban irremediablemente hacia abajo, y lo miré de frente y con cierta severidad, recordando lo que me había enseñado la tía Dora en materia de dignidad perruna. El Huesos, en cambio, que nunca pecó por exceso de amor propio, dio dos o tres vueltas en redondo y volvió a echarse.

Pero la que se comportó como una verdadera traidora fue la inconsciente de la Negrita. No sólo no conservó la mínima discreción que corresponde en esos casos, sino

que se lanzó hacia donde estaba el hombre de manera arrebatada y sin el menor recato, corriendo y moviendo la cola como loca. Después se le trepó por el cuerpo con el propósito de lamerle de mil maneras su cabeza recién nacida.

Yo no sabía qué hacer frente a tamaña humillación. Pensé en retirarme, siempre con la cabeza en alto (y ligeramente ladeada, para tener la seguridad de no tropezarme con ningún borde de oreja). Y tal vez debería haber hecho eso. Tal vez la debería haber dejado ahí sola, librada a su destino, nuevamente entre las pezuñas de los terribles humanos. Pero no podía evitar sentirme responsable por ella; me resultaba intolerable la idea de volviesen a despellejarla como antes, justamente ahora, que estaba recuperando su pelaje. De modo que, en lugar de alejarme, me acerqué, aunque con mucha prudencia.

Tal como me lo temía, el humano se apropió de ella enseguida. Se la metió debajo del brazo y, sin soltarla, fue hasta la cañada y llenó con agua la ollita que llevaba atada a la cintura. Después la colocó sobre el fuego. Era una olla bastante grande y pensé que bien podía servir para cocinar un perro. Temblé por la Negrita, que seguía lamiéndole la cara con una ridícula confianza.

Al rato la olla comenzó a echar humo y todo el sitio a irradiar un calorcito que yo, desde mi puesto helado, muy en secreto, ambicionaba. Puse mi mejor aspecto feroz y comencé a ladrar. A ladrar y a gruñir alternativamente. El humano no pareció intimidarse. Sacó algo de adentro de un paquetito que traía y lo echó en la olla. Yo seguía ladrando. Y la Negrita lamiéndole el sitio donde debería haber tenido las orejas. Y el Huesos suspirando.

El humano revolvía la olla. Echó nuevas cosas que traía siempre empaquetadas. Siguió revolviendo. Yo esperaba que en cualquier momento echase adentro a la

Negrita, que, tiernita como era, podía llegar a parecerle a cualquiera un plato delicioso. Pero no. Puso las tres latas en el suelo y volcó en cada una un poco de lo que había en la olla. El olor era, debo reconocer, muy agradable.

Después sacó una cuchara de adentro de la ropa y se puso a comer. Y a darle de comer a la Negrita, que pareció encontrar maravilloso el menjunje ese, porque movía la cola sin parar y cuando la cuchara se demoraba un poco en su regreso gemía como desesperada. El hombre metía la cuchara en el tarro, la sacaba, echaba un soplido y después se la comía, o se la dejaba sorber a la Negrita. Una para él otra para la Negrita (debo reconocer que respetaba los turnos de manera rigurosa).

Pero yo no me dejaba engañar tan fácil, yo no era un cachorro sin experiencia. Sabía que en cualquier momento podía sacar de adentro del bolsillo un espantoso portaorejas o una púa gigante, que podía obligar a la Negrita a meter las patas en el fuego para ver si chillaba bonito o untarla con algún aceite para convertirla en ratón o en mariposa.

Pero no. Se pasó el rato rascándole la cabeza y dándole a ella permiso de rascarle la suya. Después me miró.

Me alejé dos pasos.

Puso una de las latas cerca de donde yo estaba y dijo: —Ahí tiene, por si gusta.

Debo reconocer que me cayó muy bien que me tratara con tanto respeto; los humanos, en general, no son muy respetuosos.

Pensé en negarme a comer, por la cuestión de la dignidad, la discreción y todo eso, pero el hambre y el frío batallaban juntos encima mío, me atacaban por todos los flancos y, para colmo, se peleaban entre ellos por ver quién me iba a dar la estocada final. De modo que opté

por acercarme al calorcito, sin abandonar por eso la prudencia.

Tomé sopa. Primera vez en la vida que tomaba sopa, y no me pareció nada mal, aunque no pudiera compararse con el osobuco. Le corría a uno un chorro de calorcito por dentro. Y cada tanto venía flotando algo en el chorro, un fideo, una papa, un pellejito, que eran siempre una linda sorpresa.

El Huesos me vio y se acercó, con las orejas gachas y la panza pegada al suelo. El hombre trajo entonces la otra lata, y el Huesos, que nunca fue de hacerse rogar, le hizo el debido honor al almuerzo.

La comida no era mucha, pero alcanzaba para darle una paliza al frío y para entretener un poco el hambre. Nos sentíamos casi satisfechos.

Y ahí estábamos los tres, sentados alrededor del fuego, agradecidos por los fideos que sentíamos nadar por las tripas, cuando el humano nos miró y nos dijo:

—Bueno, si no es molestia, los voy a tener que bautizar; de alguna manera voy a tener que llamarlos.

Cuando volvió a aparecer el famoso asunto de los nombres, sentí que un horrible escalofrío me recorría el lomo: si había empezado siendo Orejas y después Toto y después Lord y después Trux y después nada, ahora me tocaba ser menos que nada; eso quería decir que ya no podrían nombrarme más y que tendrían que empezar a desnombrarme. De modo que para mí ya no quedaban nombres sino no-nombres, que seguramente eran mucho más peligrosos. Hundí el morro entre las patas, cerré los ojos y traté de clausurar mis orejas, para no enterarme del agujero en que me había convertido.

—A usted —dijo mirándola a la Negrita, que se le había metido en un bolsillo y anidaba en él como si fuera

una urraca— la voy a llamar, con su permiso, Güendolina Flor de Negra, princesa de los Penachos.

¡Qué nombre, amigo! ¡Casi nada! Estaba claro que ese humano no era nada mezquino.

—Y a usted —dijo mirándolo al Huesos y pasándole la mano por el lomo— lo llamo Bartolomé Pocapata, músico de la Osamenta.

Tampoco me pareció nada mal. Ignoraba lo que quería decir Osamenta pero me parecía una palabra grande y solemne, muy apropiada para un artista.

El que seguía era yo. Y mi caso era diferente: a mí me habían ido desnombrando de a poco, y ahora temblaba esperando que me cayese un no-nombre encima.

—A usted, si no se opone, me gustaría llamarlo Casiperro Gil del Hambre, caballero de la Oreja.

Casiperro Gil del Hambre. Caballero, además, y, como si eso fuera poco, de la Oreja, que fue siempre mi verdadero nombre. Sentí que la vida me volvía al cuerpo. No sólo había sido beneficiado con un nombre y no con un no-nombre, como yo temía, sino que el nombre que me habían dado era tan completo, tan abundante, que me ponía a salvo de sucesivos achicamientos.

Y fue el nombre, les juro, y no la sopa lo que me decidió a darles a los humanos una oportunidad de reconciliarse conmigo, el perro.

GÜENDOLINA FLOR DE NEGRA,
PRINCESA DE LOS PENACHOS.



BARTOLOME POCAPATA,
MÚSICO DE LA OSAMENTA.



CASIPERRO
GIL DEL HAMBRE,
CABALLERO DE LA OREJA



Epílogo

*Donde cierro mi relato con la sortija en la mano
y una breve descripción del paraíso.*



CABO DE DARME CUENTA de que me saqué por fin la sortija y vivo en el paraíso.

Tal vez no se parezca del todo al paraíso que soñé algún día. Sin ir más lejos, jamás aterrizó a mi lado ningún osobuco gigante para invitarme a dar vueltas por el cielo. Es más: ni siquiera suelen venir a visitarme los osobucos de tamaño corriente. Ni las tiras de falda. Ni las morcillas. Ni los pollos. Y lo más frecuente es que me alimente de sopa.

Tampoco hemos logrado derrotar del todo al frío —aunque el habernos asociado con alguien capaz de encender fuego haya sido un gran progreso—, pero me parece que lo hemos dejado medio atontado: ya no pega como antes, y de a ratos desaparece. Por otra parte, acabo de notar que a nuestra enredadera le están brotando algunas hojas.

El humano me cae bien; sabe compartir la comida y está lleno de olores apasionantes. Lástima esa manía que tiene de hacer música con la cajita que lleva siempre en el bolsillo. Nos vienen unas tremendas ganas de gemir cuando la toca; a menudo nos vemos obligados a retirarnos algunos pasos y a taparnos las orejas. Él no parece ofenderse por eso; nos trata siempre con muchísimo respeto.

—Casiperro —me dice— hoy le traje un lindo hueso.

Por otra parte, la Negrita —perdón: Güendolina Flor de Negra— ha pegado un buen estirón; y ya se está pareciendo bastante a la perrita que yo recordaba, la de antes del destiempo. Ayer por la tarde volví a sentir por un momento el maravilloso olor de todas las promesas, y esta mañana otra vez me cosquilleó en el hocico. Pienso que pronto podremos jugar nuestro viejo juego interrumpido y podré por fin completar el paraíso.

Bartolomé Pocapata, el de la Osamenta, es decir, el Huesos, parece haber recuperado su alegría, y dos por tres nos regala algún candombe nuevo.

Y yo, Casiperro Gil del Hambre, caballero de la Oreja, me doy el lujo de anudar mi historia con la sortija en la mano y en medio del paraíso.

Fue algo de lo que me di cuenta hoy, cuando estábamos los cuatro echados al sol, espantándonos los mosquitos, que vuelven a ronronearnos cerca. Me dije que la calesita estaba dando una de sus mejores vueltas. Y que esa vuelta venía a ser, precisamente, el paraíso. Tal vez no sea un paraíso eterno, ¿pero quién dijo que ha de ser eterno el paraíso?